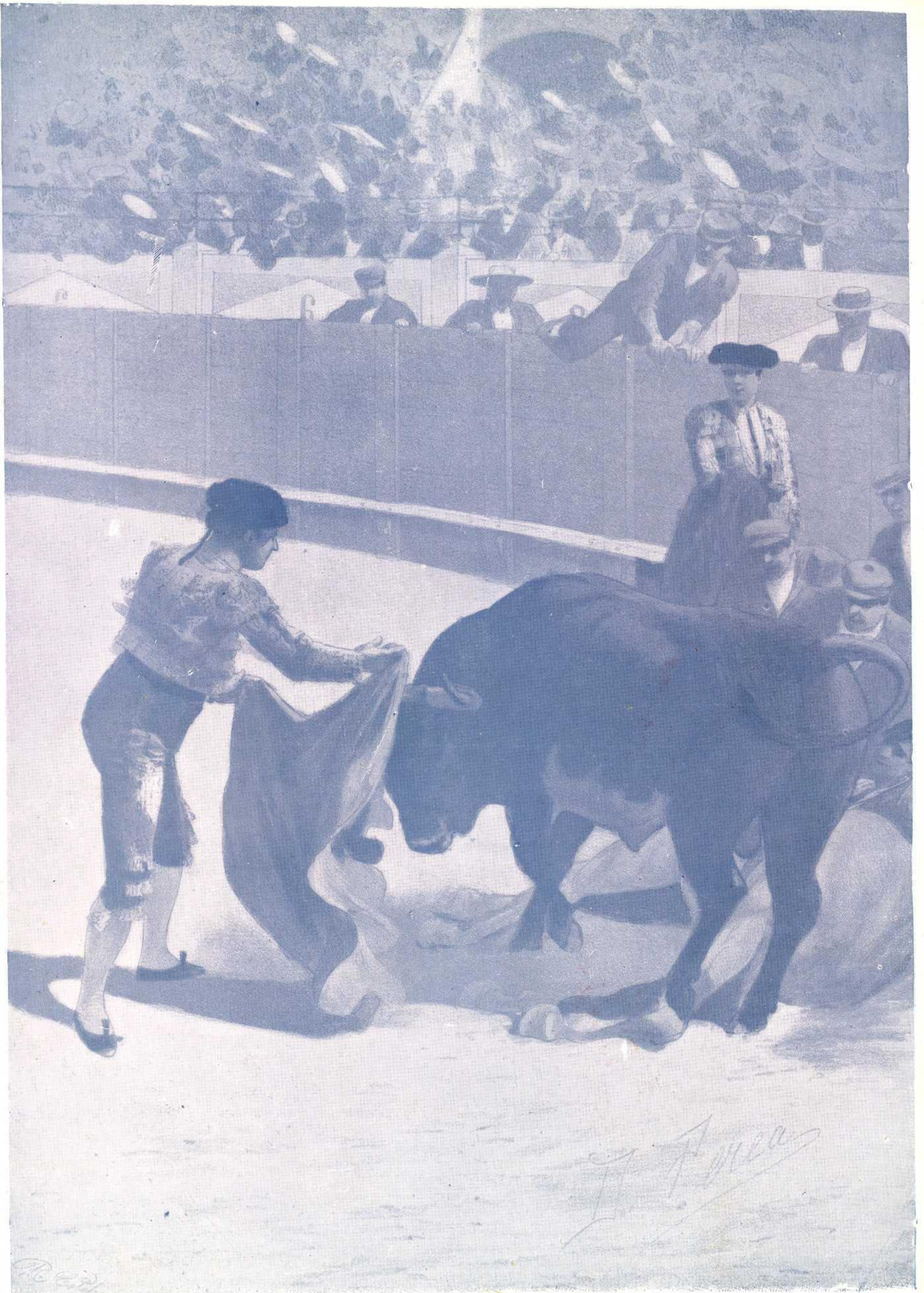


El Ruedo

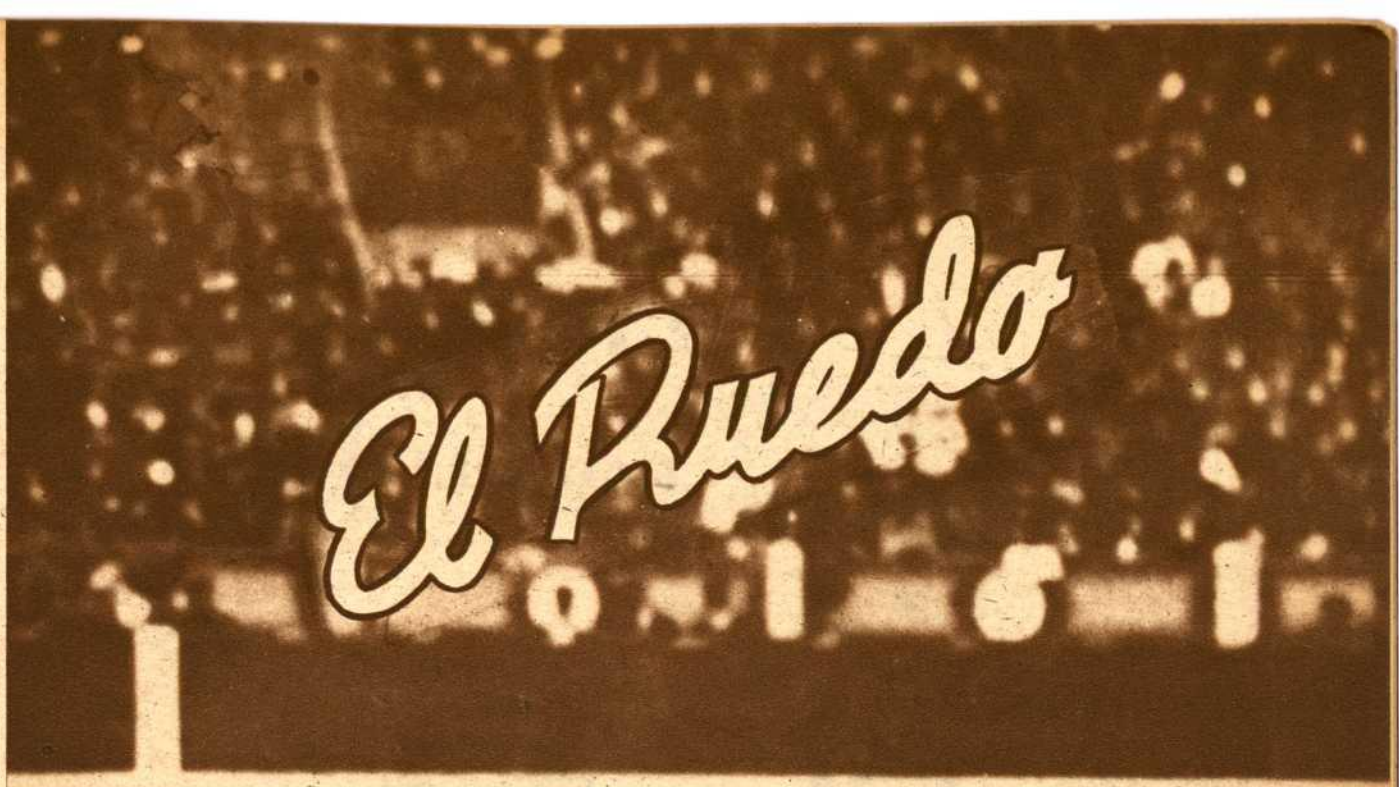


1⁵⁰
Pts

J. A. AYED



Bombita haciendo un quite



El Ruinedo



EN ESTE NUMERO:

Historia taurina de VICENTE PASTOR

Comienzo de una serie de reportajes de la vida del famoso ex matador de toros madrileño, que marcó una época inolvidable en el toreo

(Fots. Baldomero y Manzano)

ORO VIEJO

Por ANTONIO CASERO

RODOLFO GAONA



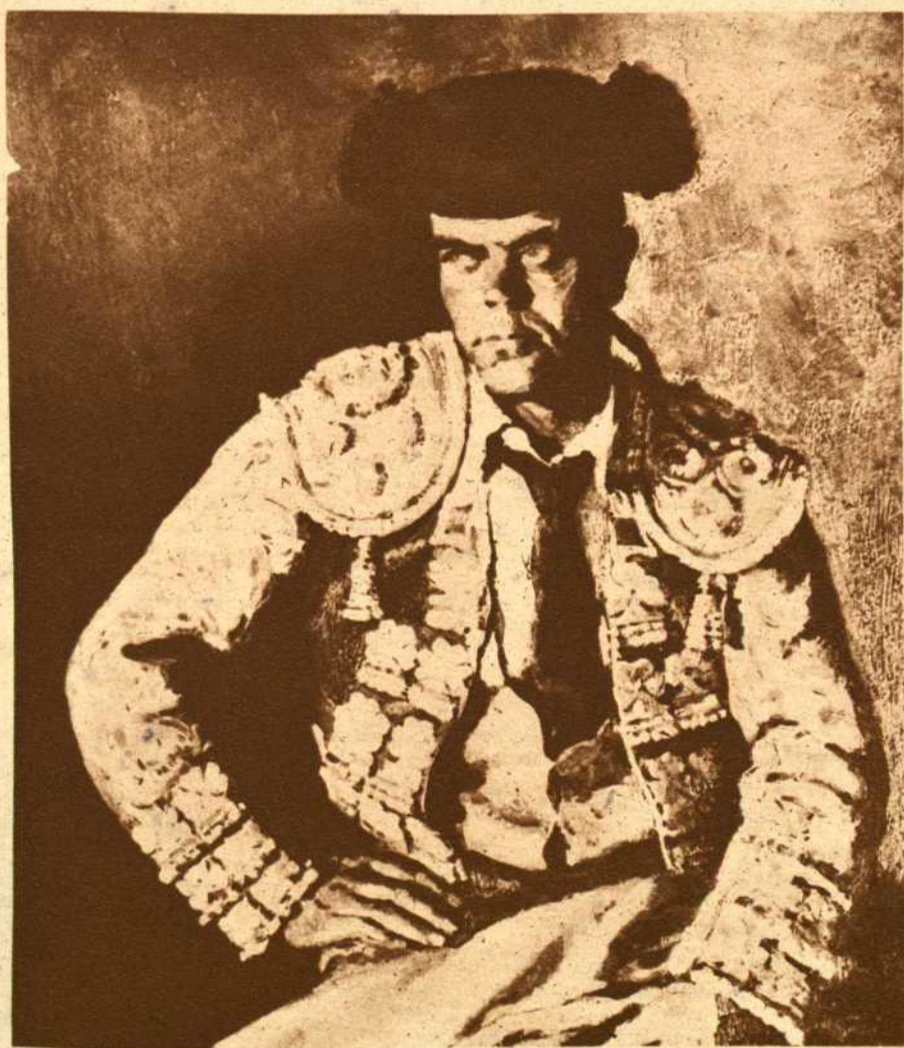
ANTONIO CASERO
M



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

Año I -:- Madrid, 15 de noviembre de 1944 -:- Núm. 23



"El Chato", cuadro de Enrique Segura, que figura en el Salón del Otoño. Nuestro gran pintor ha plasmado en su obra artística la figura de uno de aquellos lidadores de antaño, y recoge, con su clara visión pictórica, una fiel estampa de otros tiempos del toreo

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



Las dehesas salmantinas, andaluzas, extremeñas, castellanas e incluso portuguesas han facilitado, en números redondos — redondeando también en 250 las corridas de toros celebradas en 1944—, 1.500 reses para la fiesta nacional, de las cuales reses sólo hemos podido identificar, por sus anunciadas divisas, 1.329, que vendieron nada menos que entre 88 ganaderos.

Queda de la cifra primera—1.500—un margen, para errores estadísticos, de 171 reses. Pero sin hacer caso a este dato de menor cuantía, quiero puntualizar este

otro: para servir las 1.500 reses fueron necesarios 88 ganaderos, lo que representa—¡desprecio absoluto a los decimales!—que cada ganadero vendió, o pudo haber vendido, 17 reses.

¡Bien poca cosa! Cualquiera de ustedes las podría haber criado en la terraza de su casa, ante el códicible y casi seguro margen de utilidades que ofrece la cifra de su venta: cerca, muy cerca, de 40.000 duros...

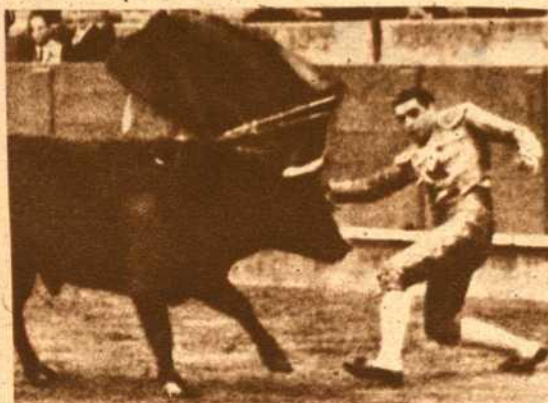
Pero no es esta consecuencia humorística, que se me vino a la pluma, la que iba a sacar de aquellas cifras, sino otras muy serias, que pueden llevarnos a la conclusión de que quedan, en algunas de las 88 dehesas que, como minimum, poseen los 88 señores ganaderos, toros-toros con años bastantes al menos, con trapío y tal vez incluso con peso, para satisfacer a los aficionados más exigentes.

Porque es muy posible—seguro, juzgando por los ejemplares servidos—que haya quedado esquilmada la ganadería de don Antonio Pérez, que vendió este año 72 reses (y saquen ustedes su importe, aunque sólo sea por entretenerse, calculando a unas 6.000 pesetas por cuerno, sin dejar de contar los mogones; pero es que entre los ochenta y ocho ganaderos hay, por lo menos, cuarenta que no llegaron a vender una docena de reses, y de los cuarenta, veinte no llegaron a seis, y de los veinte, algunos se quedaron en dos y hasta en una res.

De lo que puede deducirse—aparte de que los "apes" y otros famosos saldrán el año que viene más jovencitos y chiquititos—que cuarenta ganaderos, entre los cuales los hay de bien merecido prestigio, tienen, seguramente, en sus dehesas, toros-toros que estarán "a modo" en la próxima temporada, a no ser que para quitarse de compromisos los envíen—si es que no lo han hecho ya—a los mataderos municipales.

NOTA.—Aunque todo lo escrito esté referido tan sólo a corridas de toros, utilicé la palabra res por más genérica y por respeto a los aficionados toristas.

CARTEL DE BARCELONA



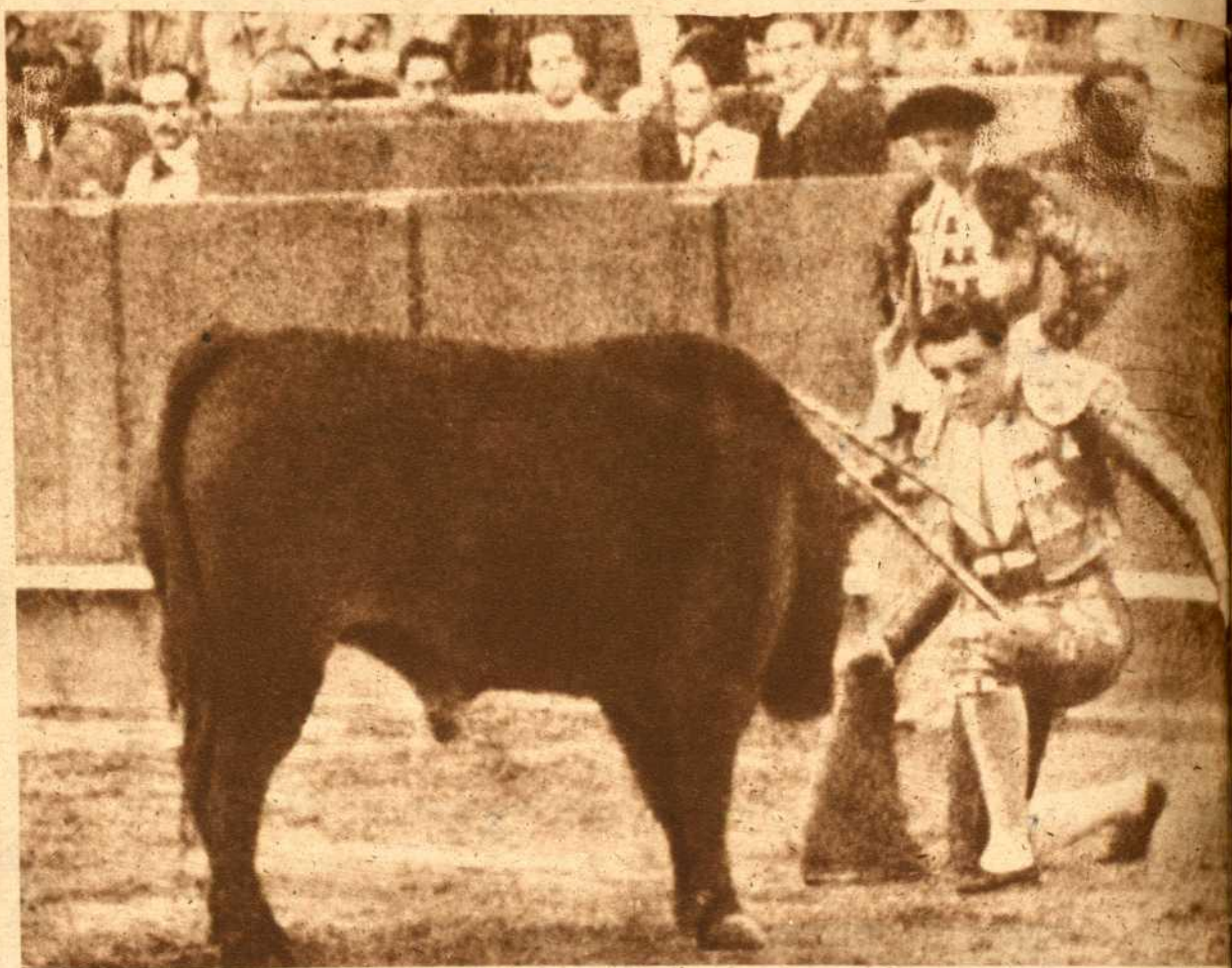
Curro Caro, que tuvo poca fortuna en los toros que le tocaron, inicia la faena con unos derechazos para fijar a su primero



Curro Caro, en la faena a su segundo bicho. Con la muleta cuajó unas lucidas manoletinas



Curro Caro, en un estatuario pase con la derecha, en la corrida del domingo en Barcelona



El diestro madrileño, con la rodilla en tierra, llama la atención del toro, que se muestra mansote. Curro Caro pudo hacerse, finalmente, con el astado

RESEÑA

BARCELONA, 12. (De nuestro corresponsal, Subirán.)—Tarde fría, pero con sol. La corrida es en homenaje a la madre del malogrado novillero Manolo Cortés y hay algo más de media entera.

Julián Marín no hace el paseillo por haber sufrido avería el coche que lo conducía a la Plaza; pero a la hora de salir las cuadrillas encuentra ya en el ruedo.

Primero.—*Altanero*, gordo, bien puesto, negro. Toma seis varas, sañendo siempre suelto y haciendo cosas de manso, sin dar margen para los quites. En banderilla, un par inmenso de Bernal.

Curro Caro brinda al hermano de Manolo Cortés y empieza muleteando con ganas. A base de derechazos muy toreros se hace con el buey, al que despacha de dos magníficos pinchazos y media en lo alto, seguida de descabello certero. Ovación, vuelta y saludos.

Segundo.—*Mariposo*, negro, con buen tipo, pero pobre de defensas. Cañitas lo fija valentón, y en el primer quite se echa el toro a la espalda. Tres varas y Marín se luce en un quite muy artístico.

Cañitas coge los palos y pone tres pares de valiente en todos los terrenos.

También brinda el mejicano al hermano de Manolo Cortés y hace una faena temeraria, consintiendo horrores y jugándose la piel. Un pinchazo sin soltar y una casi entera.

Ovación, oreja y vuelta.

Tercero.—*Serrano*, careto, girón, bonito de pelo y fino de tipo.

Dos grandes pares del Cubano a la hora de los palitroques, y Julián Marín, tras brindar igualmente al hermano de Manolo Cortés, inicia la faena con unos soberbios pases por alto, naturales, a los sonos de la música, y la torerísima faena la culmina con un molinete de rodillas temerario. Una entera desprendida, entrando a volapié. Repite con otra igual y en la misma forma, descabellando a la primera.

Ovación, oreja, vuelta y salida a los medios.

Cuarto.—*Andaluz*, negro, gordo.

Tres pares de banderillas como se las pueden poner, y Curro Caro sale a entenderse-las con el marmolillo, al que intenta hacerle faena y sólo consigue algún derechazo lucido a fuerza de pisarle los terrenos. Un pinchazo magníficamente señalado en la cruz, y a continuación una entera algo desprendida, que basta.

Quinto.—*Temerario*, de González, talludo, basto y manso. Huye en principio y es protestado; pero se salva del estuente con tres picotazos leves, que no dan lugar al lucimiento de los maestros en los quites.

Cañitas, como de costumbre, coge los palos y sin toro propicio para suerte coloca tres pares con grandes deseos de agrandar.

Brinda Cañitas al público, y cuando se convence de que no hay faena posible, lo alinea, terminando con él de un pinchazo y media que bastan.

Ovación y vuelta al ruedo.

Sexto.—*Gandul*, negro, bragado, buen mozo. Es otro de los de media arrancada y haciendo extraños en la embestida.

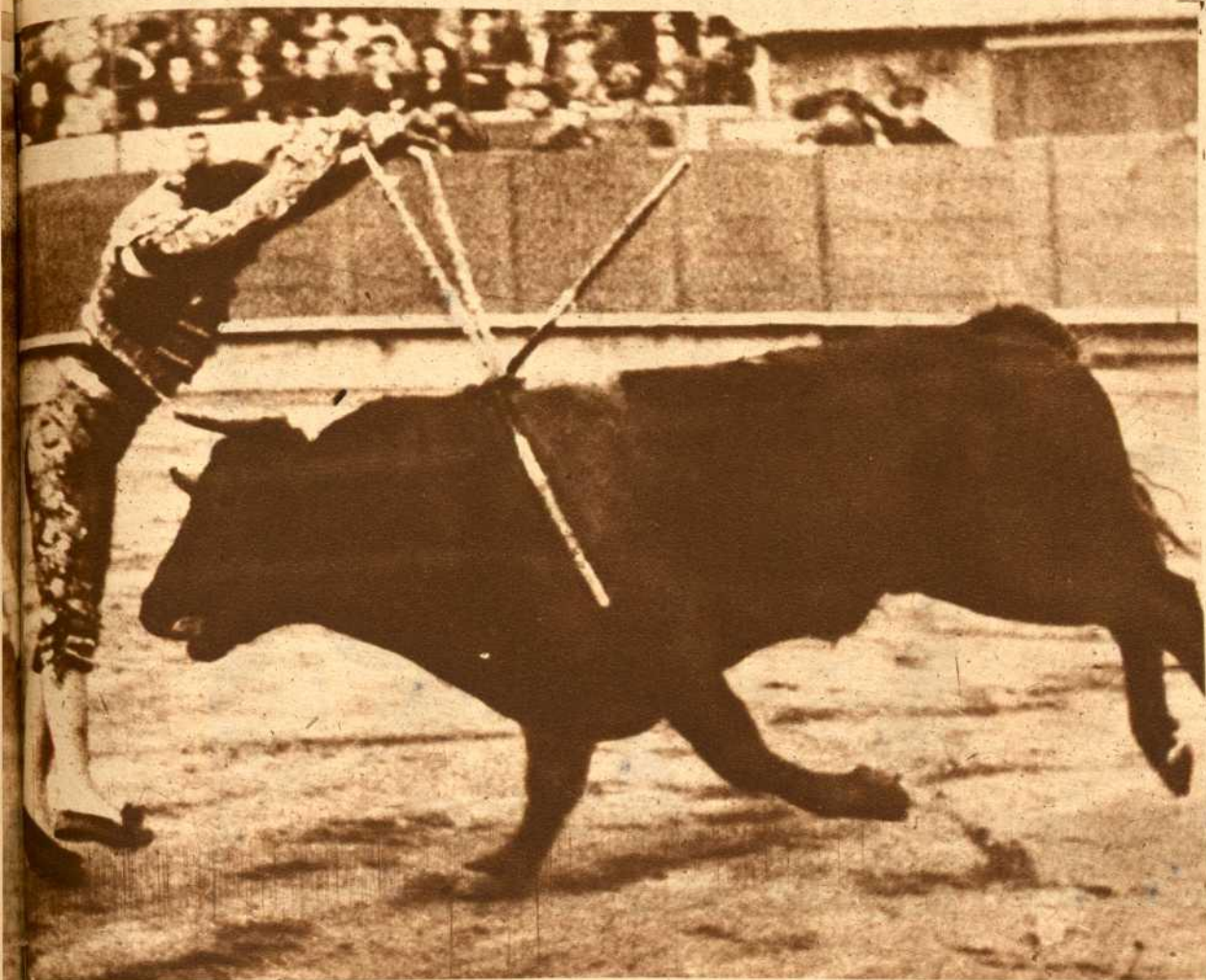
Marín brinda al público, encontrándose con un toro de mucho sentido, al que hace una faena de verdadero y magnífico matador. Una estocada hasta la bola, de la que dobla el regalito.



Cañitas se aprieta tanto en los lances que diestro y toro forman una sola pieza. Sus primeros lances fueron valientes

Corrida a beneficio de la madre de MANOLO CORTES

Cinco toros de JUAN SALAS y uno de GONZALEZ para CURRO CARO, CAÑITAS y JULIAN MARIN



Uno de los tres pares que colocó Cañitas a su primero, pleno de valor, en la misma cara del toro

JUICIO CRITICO

No nos atrevemos a asegurar que la corrida de hoy haya sido la última en Barcelona. En los corrales están todavía esperando su hora catorce «bureles» de diversas ganaderías, gordos y lucidos a causa del buen trato que reciben, y aun cuando don Pedro Balañá asegura que el próximo domingo no dará festejo taurino, en cambio se niega a darnos a conocer una resolución definitiva acerca del simbólico «cerrojazo».

Pese a estas poco propicias alturas otoñales y a que no hubo material propicio para el lucimiento, la corrida no se hizo pesada. Tuvo facetas muy animadas y en general nos divertimos. En el ruedo había tres matadores de toros de poco esmero y de mucha efectividad, que saben «lo que llevan entre manos» y que hicieron hasta lo imposible por divertirnos.

Curro Caro no tuvo suerte con su lote, pues le tocó el peor, un primero mansurrón y un segundo difícil. Pero el madrileño dejó entrever su calidad. Los despachó con brevedad y mayor decoro dentro de lo que merecían y dió vuelta al anillo y escuchó muchas palmas.

Cañitas ha confirmado una vez más lo que ya nos dijo en su tarde de presentación: que es un torero temerario de tan valiente, un buen banderillero y un seguro matador. Los que gustan del toreo «machos», seco, exponiendo el máximo—que no son pocos—, tienen ya en el mejicano su matador predilecto, el cual tendrá que ser en la próxima temporada el imprescindible «relleno» de muchos carteles de postín, pues es uno de los pocos que pueden obligar a los otros de la terna a entablar pelea antes de correr el «tridi».

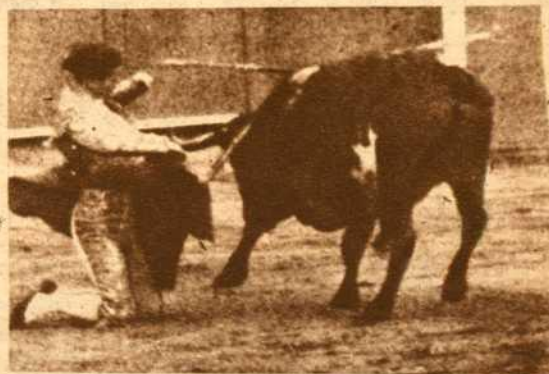
Había verdadero interés por ver al navarro Julián Marín, que desde que dejó de ser novillero no había vuelto por las Plazas barcelonesas, y ahora nos encontramos con un matador de toros finísimo con capote y muleta, que mata magníficamente al volapié y que pisa con mucha seguridad en todos los terrenos. Impecable director de lidia, cuidó personalmente de poner en suerte a sus toros y prepararlos para la faena final; y así lo fué posible sacarle el máximo rendimiento, lucir en dos trasteos de matador cuajado y cortar oreja, con el complemento de la salida en hombros. ¿Cómo es posible que Julián Marín, oro de ley, no figure en las estadísticas con un mayor número de corridas?

Nos hemos, pues, quedado con las ganas de ver repetido en los carteles a Curro Caro y a Julián Marín, y si el tiempo fuera un poco benigno...

Bien presentados los toros, sin ser unas catedrales, pero poco propicios al lucimiento, porque todos acabaron aplomados y mansurroneando. El peor, el quinto, de González, que mereció fuego.



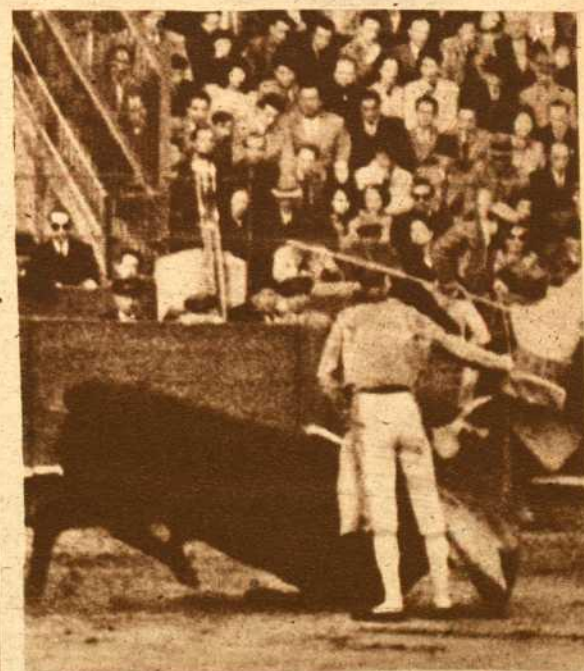
Cañitas logra unos pases por alto, que resultaron poco lucidos por mansedumbre del bicho



Un molinete con las rodillas en tierra de Julián Marín, en un temerario momento durante la lidia del primero suyo



El torero navarro, en el toro que cortó la oreja. La muleta de Julián Marín llega hasta la cara del animal en una faena valiente



La mansedumbre de los bichos lidiados fué un gran obstáculo para el lucimiento. El toro se cae al lancear Julián Marín. (Fots. Clarst.)

LA TEMPORADA DE LA MAESTRANZA a través de los críticos taurinos de SEVILLA

PRONOSTICOS PARA LOS CARTELES DE LA FERIA DE ABRIL

Por FRANCISCO NARBONA



Fernando López Grosso



Manuel Murga



Manuel Parejo



Francisco Montero Galvache



EL festival en homenaje a El Gallo ha puesto fin a la temporada taurina en la Plaza sevillana de la Maestranza. Ahora se inicia el paréntesis invernal, tan propicio a la recordación de lo pasado y a la adivinación de lo que ha de venir. Por eso consideramos de interés ofrecer a los lectores de EL RUEDO las opiniones de cuatro críticos de Sevilla sobre la temporada que terminó y sus «pronósticos» de los carteles abrilinos.

EL NIÑO DEL BARATILLO

Fernando López Grosso—El Niño del Baratillo—es el decano de la crítica de Sevilla. Actualmente tiene a su cargo la de *Luz* y *Radio Sevilla*; pero no hay que olvidar que su pluma lleva cuarenta años sirviendo la actualidad taurina en las columnas de la Prensa.

—¿Qué le ha parecido la temporada?—le hemos preguntado.

—Lo mejor ha sido el ambiente en que se

ha desarrollado. La afición ha acudido a la Plaza con asiduidad, porque se le han ofrecido buenos carteles...

—¿De qué tarde o faena guarda mejor recuerdo?

—De la corrida del 8 de mayo, a beneficio de la Cruz Roja; más concretamente, de la faena de Manolete al cuarto toro. El público vió de pie cómo el cordobés, en un alto ejemplo de quietud y dominio, se pasaba al toro a una distancia inverosímil, a pocos milímetros de la faja. A la hora de matar, Manolete mostró también su gran estilo.

—¿Qué carteles formaría usted para la feria de abril?

—Eso es de otra jurisdicción...; pero, en fin, allá va: No caben más componentes que Manolete, Pepe Luis, Andaluz, los Bienvenida, Gallito, Luis Miguel Dominguín, Pepín Martín Vázquez..., y lo bueno que venga de «allá». Respecto a las ganaderías, ni que decir tiene que preferiría las andaluzas: Pablo Romero, Concha y Sierra, Murube, Moreno Ardanuz, Tulio e Isaías Vázquez..., sin olvidar a las portuguesas de Infante da Cámara y los Andrade, que tan alto dejaron el pabellón lusitano en la pasada temporada.

DELAVEGA

Delavega—Manolo Murga—lleva la crítica taurina en *El Correo de Andalucía* desde hace ocho años. El lector halla siempre en sus crónicas el dato interesante o el comentario oportuno.

—¿Qué opinión te merece la temporada que se fué?

—Yo creo que su nota señalada ha sido su tono apacible: ni triunfos resonantes, ni escándalos estrepitosos... De las corridas de feria nos queda el grato recuerdo de que no hubo necesidad de multar a ningún ganadero por la falta de peso de sus bichos. De los toreros, diremos que Manolete hizo un buen papel, sobre todo en la corrida de la Cruz Roja, sin cosa alguna maravillosa, y que Andaluz mantuvo su prestigio. Pero lo mejor del año, a nuestro juicio, fué la corrida de la feria de San Miguel. Domingo Ortega lidió dos toros magistralmente, y Carlos Arruza demostró su gran valor matando admirablemente, a pesar de tener una cornada en el muslo... De los novilleros, triunfaron dos, que hoy ya son matadores: Luis Miguel Dominguín y Pepín Martín Vázquez, y otro, el chiquillo del Niño de la Palma, que no tardará en serlo. En cuanto a los toros, nos queda el recuerdo de algún que otro novillo de Juan Belmonte, de Guardiola, de Arrauz, de Hidalgo... y de los hermanos Andrade. No hay que olvidar que la corrida lidiada en la feria de septiembre, perteneciente a estos ganaderos portugueses, fué un promedio de 270 kilos y fué de una bravura extraordinaria.

—¿Qué toreros y ganaderías deben figurar en los carteles de abril?

—Hay nombres que no pueden ni deben faltar. Son Manolete, Pepe Luis, Andaluz, Arruza, Luis Miguel, Pepín Martín Vázquez... y Domingo Ortega, si para esa fecha torea. En cuanto a los ganaderos, deben venir los que ya vinieron este año y algún otro que no tema a los comentarios del Círculo de Labradores, de los Cuarenta, de Caganyo o del Sport.

MANUEL PAREJO

En Manolo Parejo concurre, junto al crítico entendido, el entusiasta aficionado. Todavía, cuando llega la hora, Manolo es capaz de coger un capote y ajustarse unas verónicas de la mejor ley. Ha hecho crítica en *El Correo* y en *Fc*. Desde marzo de 1942 tiene a su cargo esa misión en el diario de la tarde *Sevilla*.

—La temporada—nos dice cuando le pedimos su opinión—, en líneas generales, ha sido buena. Hubo más corridas que en la anterior y se celebraron menos espectáculos cómico-taurinos... Ya eso supone un adelanto.

—¿Qué le agradó más?

—La faena de Manolete a su segundo toro en la segunda de feria, el debut de Pepín Martín Vázquez y lo que hizo Carlos Arruza en la única corrida de la feria septembrina... Conviene no olvidar la faena de algunos piqueros, erigidos en matadores de torillos indefensos.

—¿Cómo formarías los carteles de feria?

—Con los primeros espadas... y con toros de don Isaías y don Tulio Vázquez, de Andrade Hermanos, de Pablo Romero, de Milura... Claro que con esos ganaderos ya sería difícil «rellenar» los carteles de las cuatro o cinco corridas tradicionales.

FRANCISCO MONTERO GALVACHE

Este es el «benjamín» de la crítica. Lleva tan sólo unos meses de labor en *Fc* (desde que Enrique Vila dejó de pertenecer al periódico). Pero el prestigio de su pluma—que ha merecido premios y laureles—ha sabido ganarse la atención de los aficionados. Paco Montero Galvache, que no ha querido ocultar su nombre tras un seudónimo más o menos convencional, rinde, al poner su firma al pie de sus crónicas, el mejor servicio a la fiesta española.

—¿Qué opinas de la temporada en la Maestranza?

—Creo que no ha dado mucho de sí, en calidad artística. Por línea directa en el buen sabor, ahí quedan en pie, sobre el silencio del albero del Baratillo, aquel quite de Chicuelo en la feria, algún que otro lance de Gallito, la aparición impresionante de Pepín Martín Vázquez y el hijo de Cayetano Ordóñez, la llegada de Arruza—sin duda, el mayor acontecimiento multitudinario registrado en España, y, por tanto, en la Maestranza también—y la novillada que enviaron los hermanos Andrade, ganaderos lusitanos, soberbia de presentación y bravura. Creo que en todo lo demás la temporada ha sido buena en número de corridas, y supongo que muy aceptable en sus rendimientos generales...

—¿De qué faena guardas mejor recuerdo?

—De la realizada por el Niño de la Palma, hijo, la tarde de su presentación. Estimo que esta faena—maravillosa de valor, calidad y sentido del toreo—ha sido lo más emocionante y espléndido que se ha visto este año en la Maestranza.

—¿Cómo harías los carteles de la feria de abril?

—Contando, sencillamente, con las primeras figuras: Manolete, Ortega, Pepe Luis, de un lado; uniéndoles a los exquisitos: Manolo Chicuelo y Gallito—de quienes siempre aguardamos algo que ni se borra ni pasa—, y a los mejicanos, con Arruza al frente. Y digo esto de los mejicanos porque se habla mucho de la vuelta de Armillita. Andaluz, en estos carteles, lo considero sumamente deseable. Para las novilladas... Pero, ¿habría novilleros de primera fila entonces?

SIN VISTO BUENO

¡SEÑORES GANADEROS!

POR

EL CACHETERO



Este de los toros, felizmente, no es tan complicado como los interesados, o los que descansan en el barullo, quieren hacernos creer. Que yo sepa, no ha habido jamás manifestaciones públicas en las Plazas pidiendo el toro chico. La crítica se ha desgañado a final de temporada pidiendo el toro, aunque durante el curso, sintiéndose más torerista, feriante y floreadora, no ha hecho demasiado por él. Las Empresas andan a ganar dinero y si pudiesen ganar más con toros grandes, bisontes veríamos por las Plazas. Así que menos complejidad, señores del becerro, porque sólo quedan decisivamente en esta cuestión, como padres de la criatura, los toreros y los ganaderos como culpables. Ni más, ni menos.

Ahora, los toros vienen de la dehesa o nombre de un ganadero, responsable en absoluto de lo que vende y envía. El ganadero es el primer culpable, cronológica y causalmente, de que los toros no lo sean, es decir, que no tengan la edad, ni el peso, ni el trapío más elemental, que salgan a la Plaza con los pitones limados o con los riñones deshechos a golpes. Suyos son los toros, aunque su propiedad haya sido ya enajenada, en lo que respecta a fama y honra, y al no interesarle éstas, demuestra ser sólo interesado en el negocio, abdicando ya los últimos vestigios de la tradición que hacía un señor de cada ganadero. No me refiero ahora, naturalmente, a que los ganaderos actuales no lo sean, ni que no queden algunos espécimen de la vieja estirpe—bastantes menos de lo que se cree—como excepción a todo cuanto se va a decir; pero sí, y concretamente, a que profesionalmente han perdido la señoría o el señorío casi en absoluto. Se parecen más a unos abastecedores de poca carne, más o menos brava, que van a su negocio tan primordialmente, tan exclusivamente, tan abusivamente, a intervalos como cualquier fabricante de pañería catalana. Más claro, porque estos señores pañeros, para los cuales van mis respetos, no campan por los suyos, sino por la senda de un escándalo y de una intervención. Y, sobre todo, que estos pañeros jamás han pretendido sino una honestidad comercial, pero nunca un plus de señorío en el trato. Y aquí, los ganaderos de reses bravas de lidia, por aquello de la tradición, adosándose camperismo en zahones, sombreros, patillas, botos, etc., y oyéndose llamar mucho «don Tal» o «don Cual», por la gorronería asistente a tentaderos e incluso en letra impresa, pues son responsables de que se dé gato por liebre y becerro por toro en cuanto pueden.

Ahí están las multas, que no me dejarán mentir, durante toda la temporada, y cuéntese con que se multa sólo uno de los conceptos en que se comete fraude, porque el Reglamento—viejo ya, y por ende, quizá fiel a la tradición decorosa ganadera—no ataja todos los portillos por donde entra la trampa que ha de engañar al público y mixtificar la fiesta de toros. Ahí está, repito, una temporada cuajada de multas, que son otros tantos baldones para la ganadería, sin que ningún ganadero haya dicho oste ni moste, no contra las multas, que bien puestas estaban, sino ni siquiera a guisa de más o menos explícita exculpación. A lo más, aluden a esa cosa vaga de «las circunstancias» o «muitan algo de los pastos, circunstancias y pastos que no les han impedido quintuplicar el precio de los toros, sino en las que se han apoyado para ello. Han aguantado todo, como si no les importase nada sino los buenos dineros que ganaron, bastantes para enjugar el plus de las multas y tomarlas incluso a broma desde el punto de vista de la gaveta.

¿Por qué no hablan claro, señores ganaderos? ¿Por qué no hablan alto y fuerte? ¿Por qué no demuestran—aquí están las páginas de EL RUEDO—que ustedes no son culpables en absoluto de dar unos toros que no lo son ni de aspecto, sólo por la ambición de lidiar a precio de oro todo lo que les nace y lo más acordes posible con los otros beneficiarios de la mixtificación? Sin respuesta no hay más remedio que señalarles como reos ante la afición. Y estar de acuerdo en que sólo hay negocio, ¡ay, ni limpio a veces! por mucho camperismo y «don Fulano» que reste como vestigio de mejor época para la señoría ganadera.



EL DIESTRO DE TOMARES

Ricardo Torres, Bombita, tuvo que repartir en ciento treinta y ocho pedazos su traje de luces de la tarde de la despedida

Ricardo Torres, Bombita, fué, como se sabe, uno de los diestros más populares hace treinta años. El diestro de Tomares era simpático dentro y fuera de la Plaza. Su sonrisa, su arte, su atildado vestir, sus maneras, le granjearon el fervor de los públicos de aquí y allá y de los mares. Fué el hombre que siguió el ejemplo de don Luis Mazzantini de deterrar el tipo de aquellos toreros majos y chulapones que vestían de corto en las calles y entraban a caballo en los colmados. Su camisa de cuello duro terminó con aquellas camisolas de chorreras y aunque al principio fué vilipendiado por los que sólo admitían los toreros «scurros», al fin impuso sus modos. Fué elegante en su toreo y su atuendo, y lo mismo vestía el traje de luces que el de etiqueta en fiestas y teatros.

A Bombita, que con Machaco y Fuentes, el fino diestro de La Coronela, ocupó un elevado puesto en el arte de lidiar reses bravas, le acompañó el aura popular después de su retirada, y así no tiene nada de particular que cuando se despidió, allá en 1914—retirada que le impuso más que nada la aparición del gran Joselito—, la admiración de todos los aficionados tuvo un refrendo persistente expresada de muy diversas facetas.

Y seis meses después de cortarse la coleta, las multitudes le acosaban aun en rasgos de fervor de cualquier clase. Fué la época más activa—dicho por él mismo—de su vida. Pues de todas partes le abrumaban en petición de recuerdos.

En aquellos meses no hizo otra cosa que contestar cartas y enviar retratos. Nada menos que dos mil trescientas fotografías con dedicatoria repartió. Esto sin contar otros recuerdos de carácter más afectuoso que distribuyó entre sus íntimos.

Puede reflejar la admiración que despertaba Bombita, el que ante los requerimientos de sus amigos tuvo que repartir el traje de luces que llevaba el día de su despedida en ciento treinta y ocho pedazos. Cada uno de éstos, colocado en un estuche, se lo regaló a los más allegados en su afecto. Y además el pañuelo, la muleta, el palo de la muleta...; todo, en fin, lo que llevaba encima aquel día célebre o lo que sus manos tocaron en la Plaza en esa corrida. ¡El delirio!

Seis meses invirtió exclusivamente en dicha tarea que le originó innumerables gastos. A muchas de las personas que le pedían retratos, las conocía; a otras, no, y entonces le enviaban recomendaciones en que le citaban nombres de amigos comunes para que pudiera informarse de la sinceridad de su admiración. Acudían a todos los recursos para obtener un recuerdo de uno de los más famosos diestros de la edad dorada del toreo.

Bombita, que ya no volvió apenas a los toros, que no se exhibió después de su retirada, dedicado ya a sus asuntos particulares, se llevó tras de sí de esta manera tan concluyente la admiración de los públicos que rememoraron, durante mucho tiempo al hombre de la perpetua sonrisa, de los modales exquisitos, de arte finísimo y dominador.

¡Era mucho torero y persona el diestro de Tomares, que supo ser hasta oportuno en su «única» retirada!



Bombita en su gran época

EN EL TOREO HAY DEFECTOS

"Hemos sustituido al inteligente aficionado por el apasionado espectador"

"Afortunadamente--dice Cristóbal Becerra--, en la próxima temporada la fiesta ha de recuperar mucho de lo perdido.

El tipo medio del toro ha de ser de más peso lo lidiado este año que ha terminado"



TODO cierre de temporada trae a nejas dos consecuencias inmediatas: comentarios acerca de la que acaban de llevarse las mulillas, y profecías y cábalas sobre la que ha de abrir El Buñolero del siguiente año.

La fiesta de toros apasiona, levanta polvo de entusiasmo y oleadas de aplauso o de

protesta. Y los aficionados no se resignan a este paréntesis de los ruedos vacíos, que se inicia cuando llega la traza de Don Juan Tenorio y termina casi siempre con la tradicional corrida de la Magdalena, en Castellón.

Así, en esta mañana de sol claro del noviembre madrileño, hemos podido oír a los taurinos, que arreglaban la fiesta con vistas a la temporada próxima:

—¡Nada de eso!... El toro tiene que cambiar; porque este año se han quedado muchas corridas sin vender, y el año que viene han de salir a los ruedos esos toros, cincoños ya y con peso.

—¿Y quién los va a matar?...

—¡El que le toque! ¿O es que creéis que la temporada del 45 va a ser como esta del 44?

—¿La vas a reformar tú?

—Se va a reformar sola.

—¡Que hable!... ¡Que hable!...

—Pues... voy a hablar: El año que viene, lo saliente de la temporada van a ser tres cosas: primero, una pelea dura entre toreros mejicanos y españoles. Segundo, un toro de más peso, porque con el reajuste económico de España no ha de faltar el pienso en las ganaderías. Y tercero..., que Ortega, Manolete, Arruza, Pepe Bienvenida, El Estudiante, Pepe Luis..., todas las figuras, ocuparán en el escalafón el mismo orden que han tenido este año, pero... con muchas menos corridas en el balance final.

—Y eso, ¿lo sabes, tú?...

—Lo sé, y me apuesto la cena para todos los que estamos aquí...

Desde el ventanal del café vemos pasar, con su chambergo y su humeante pipa, a Cristóbal Becerra. Salimos detrás de él, y lo alcanzamos en la calle Jardines:

—¿Llevas prisa?

—¿Prisa en invierno un apoderado?

—Es que te quiero hablar de unas cosas que acabo de oír en el café.

—Seguro que todas son mentiras.

—¡No, hombre!... Además, que quienes las decían eran...

—¿En qué café? Porque yo te doy la lista de quienes eran y de lo que decían.

Y, en efecto, Cristóbal Becerra, como si hubiera estado en la tertulia, nos va diciendo, uno a uno, quienes eran los que discutían y cuáles fueron los temas objeto de polémica:

—Pero..., ¿cómo puedes saber tú!...

—Sé más. ¿A que Fulano dijo las corridas que va a torrear cada uno, y... a que apostó una cena?...

La evidencia de Cristóbal Becerra nos hace ver el éxito de unas declaraciones suyas.

Y él no se niega, aunque nos dice con agudo ingenio:

—Luego, vas a la tertulia de antes, y en cuanto inicies algo de lo que yo voy a decirte, te saldrán al paso: «Eso te lo ha dicho Becerra. Y, además, te ha dicho esto y esto otro»...

—¿Y si me dicen que has apostado una cena tú también?

—No hay peligro. Ellos saben que yo no apuesto a tan largo plazo...

—Bueno, ¿y qué opinas de lo que dicen en ese café?

—Que en algo tienen que acertar..., aunque se equivoquen mucho. ¡Como hablan tanto!...

—La fama tuya no es de mudo.

—Y eso te salva ahora, porque te voy a hablar sin necesidad de que tires de la lengua.

Y Cristóbal Becerra concretó así el juicio que le merece actualmente la fiesta de toros y el futuro que le adivina:

—Mira: un día hablaremos despacio y podrás dar en EL RUEDO el resumen de experiencias que yo tengo del toreo por dentro. Ahora, lo inmediato es esto: el toreo tiene grandes defectos. El más grande de todos, su excesiva industrialización, que va acabando poco a poco con la cosa romántica que tuvo siempre. Esto que te digo no es una lamentación sensiblera ni una postura. Es una verdad, por desgracia para el toreo, y por suerte para quienes lo explotan. Entre los organizadores de «trusts» taurinos y las Plazas monumentales, el arte se va convirtiendo en espectáculo y los aficionados en espectadores. Quizá sea ésta la frase precisa: «Hemos sustituido con nuestros errores—los de todos, ¿eh?—al inteligente aficionado por el apasionado espectador». Y esto... ya es grave.

—Entonces, ¿tú prefieres las minorías de antes?...

—No... y sí. El toreo no es un arte para minorías, aunque su esencia no esté al alcance sino de quienes tienen la preparación y el pelador necesarios. Pero la greguería del público, cuando el público es de espectadores y no de aficionados, perjudica a la fiesta, porque la masa influye en el desarrollo de una corrida y en los rumbos artísticos. ¿No ves que el torero no es tonto, y hace en el ruedo lo que ve que agrada? Y si la fiesta evoluciona—los jóvenes dicen que en sentido de mejora, y los viejos que en el de retroceso—, no te quepa duda de que la evolución, aunque la haga el torero, quien la orienta es el público... Pero ya te dije que hablaríamos de esto, y estoy saliéndome de lo que tu curiosidad me preguntaba.

—Que era, sencillamente, conocer tu opinión sobre lo que se hablaba en ese café...

—Sí. Pues mira: lo de los toros es verdad. No llegaremos al que lidiaban, sin ir más lejos, Bombita y Machaquito. Pero el tofo va a venir con más peso, porque va a haber más pienso y porque es cierto que han sobrado muchas corridas este año, y... ahí están.

—¿Lo de los mejicanos?...

—También. Llegarán, con Arruza y El Soldado, Silverio, Armillita..., unos cuantos que van a poner las Plazas candentes. Y habrá púgna, ¡y fuerte!...

—¿Y el número de corridas de los «ases»?...

—Lo que decía ese que apostaba.

Y cuando le hago ver a Becerra el asombro que me produce oírle estar tan de completo acuerdo con la opinión de otros, me dice Cristóbal, riendo a carcajadas:

—Pero..., hombre, ¿cómo no voy a pensar igual que ése, si cuanto está diciendo se lo sugerí anoche yo, precisamente porque sabía que iba a decirlo hoy en el café!...



Cristóbal Becerra, en su "palique" para EL RUEDO

EL PLANETA DE LOS TOROS

EL CHALAO

Por ANTONIO DIAZ CAÑABATE



FUE en un herradero de la ganadería de Domingo Ortega. Lo celebró en su finca de Aldeanueva, situada entre La Granja y Segovia. El día era de noviembre, pero claro, azulado, transparente, con un sol suave que hacía innecesarias las prendas de abrigo. A la tardecita terminó de herrar. Ya los añejitos y las becerrillas triscaban en los prados, aun con el dolor del hierro, que no sólo no les infamaba, sino que, al contrario, les otorgaba la ejecutoria de su noble abolengo de Parladé. Domingo Ortega, gran señor, había obsequiado a sus invitados con abundante y exquisito condumio, regado con delicioso vinillo clarete, y para remate de la fiesta campera que es siempre un herradero, dispuso que soltaran dos becerras para que sus amigos probaran sus aptitudes toreras. La mayoría de ellos, buenos aficionados en el tendido, con el capote en la mano ya era otra cosa. La mayoría hace el ridículo: los unos por miedo, los otros por querer aparentar que saben estirar los brazos y quedarse quietos.

La becerrilla es brava; con sus plátanos por cuernos, con su poca presencia, con su escasa fuerza, acude a donde la llaman, embiste a todo lo que se le pone por delante, y conforme va perdiendo fuerza, su precaria fuerza, los aficionados se crecen. Y en esto surge un chavalín. Tendrá siete años. Se llama David y es hijo de uno de los vaqueros. Yo estoy en uno de los pablos de la placita de tiente y me rodean las familias de los vaqueros. La madre de David, sus hermanos, David ha cogido una muleta y va para la becerrilla, ya muy cansada, refugiada en tablas, sin más aspiración que defenderse. El chavalín llega hasta ella, la obliga con el trapo y con la voz, voceilla impúber. La becerra se le arranca y David le da un pase por alto aguantando sin moverse la embestida. Su madre, a mi lado, comenta:

—¡Ay, mi David, ay mi hijo, que va a ser torero! ¡Si el señorito quisiera enseñarle!

Y como si Domingo Ortega le hubiera oído, ordena al chavalín:

—Ven aquí; ponte aquí, que ahí embiste; coge bien la muleta, así...

David le da otros pases.

La madre, lleno de alegría su semblante arrugado y atezado, estalla en júbilo.

—Miradle, miradle; torero puede ser.

Yo le digo:

—Sí, señora; puede ser torero. ¡Mire usted que si dentro de unos años compra una finca como ésta!

La madre se queda seria. Mira allá, a la lejanía, a los prados llenos de reses; toda aquella tierra, todas esas reses, son de Domingo Ortega; lo ha ganado con los toros. Domingo Ortega le ha dado una lección a su chiquillo, y ella, pobre mujer de un vaquero, sueña con una vejez esplendorosa.

Y sigue con su soliloquio alucinado.

—¡Mira cómo se le cae la baba a su padre!

Quizá esos pases que el chavalín acaba de dar a la añoja sean el prólogo de su ingreso en la peligrosa orden de los chalaos.

¿Que es un chalao? ¿A qué se llama un chalao en este planeta de los toros, en este mundo fabuloso de los toros, injertado en la tierra, pero tan lejos de ella como nuestra señora la luna? Pues un chalao es ese que se empeña en ser torero sin condiciones ni aptitudes para ello. Ese que no tiene afición, sino ambición; pero ambición sin ganas de sacrificarse. El

que quiere ser torero por arte de birtibirloque. Que, de pronto, un día haga una faena cumbre, tumba al toro de una estocada, y de ahí para adelante a ganar miles y miles de duros. "El es el mejor. Y si no aquí están estas fotografías. ¡Ha toreado alguien mejor nunca? Fíjate en este pase, eh, ¿qué te parece? Lo que sucede es que no tengo suerte, y además, el que no tiene padrino no se bautiza."

¡El chalao! Indomable en su tesón. Con mucho miedo delante de los toros, pero con mucho valor para afrontar la vida. Todo lo encuentra fácil, hasta que sale el bicho. Entonces empieza el calvario, pero no el desengaño. El chalao, en lo que está impuesto es en la intriga, en el navajeo de la picaresca. En definitiva, el chalao termina en pícaro, eterno tipo que se transforma, pero que no muere.

En estos últimos tiempos apareció en el planeta de los toros un nuevo chalao, pero con una fuerza avasalladora; un nuevo chalao realmente insospachado. El padre que a toda costa quiere que su hijo sea torero. Hasta hace poco, y la literatura y los sainetes recogen abundantemente tal estado de ánimo de los padres, sucedía al revés. En cuanto un niño decía que iba a ser torero, el padre se llevaba las manos a la cabeza y la madre se echaba a llorar. Entonces torear era bastante peligroso. Pero ahora se crían niños en incubadoras taurinas. De todos los chalaos, el padre del niño torero quizá sea el más terrible. Desde luego, no es un romántico. Su orgullo no radica en ser el progenitor de un futuro artista. El más bien es un contable; él a lo que aspira es a ser el apoderado de su niño y administrarle los caudales que el chaval vaya ganando con los toros. Habla de lo bien que torea, pero un poco de pasada; inmediatamente deriva al terreno económico, que es el suyo.

—Mi niño va a acabar con muchos abusos, mi niño viene a regenerar el toreo. Hay que poner una cifra tope; menos de veinte mil duros no se pueda vestir de torero.

Estos notables regeneradores del toreo son así de módicos en sus ambiciones. Y mientras el niño sólo piensa en leer novelas policíacas y en morderse las uñas, ellos van de café en café, con sus fotografías en el bolsillo, cantando las excelencias de su zangolotino hijito. Esta forma de hacer desgraciados a los hijos durará hasta que los toros recobren sus arrobas de antaño. Volverán, en esa época, a preguntarle los padres a los hijos:

—¿Tú qué quieres ser?

Y los hijos volverán a contestar, sin dudarlo, eso que tanta gracia hace a sus papás y que luego cuentan a todo el mundo:

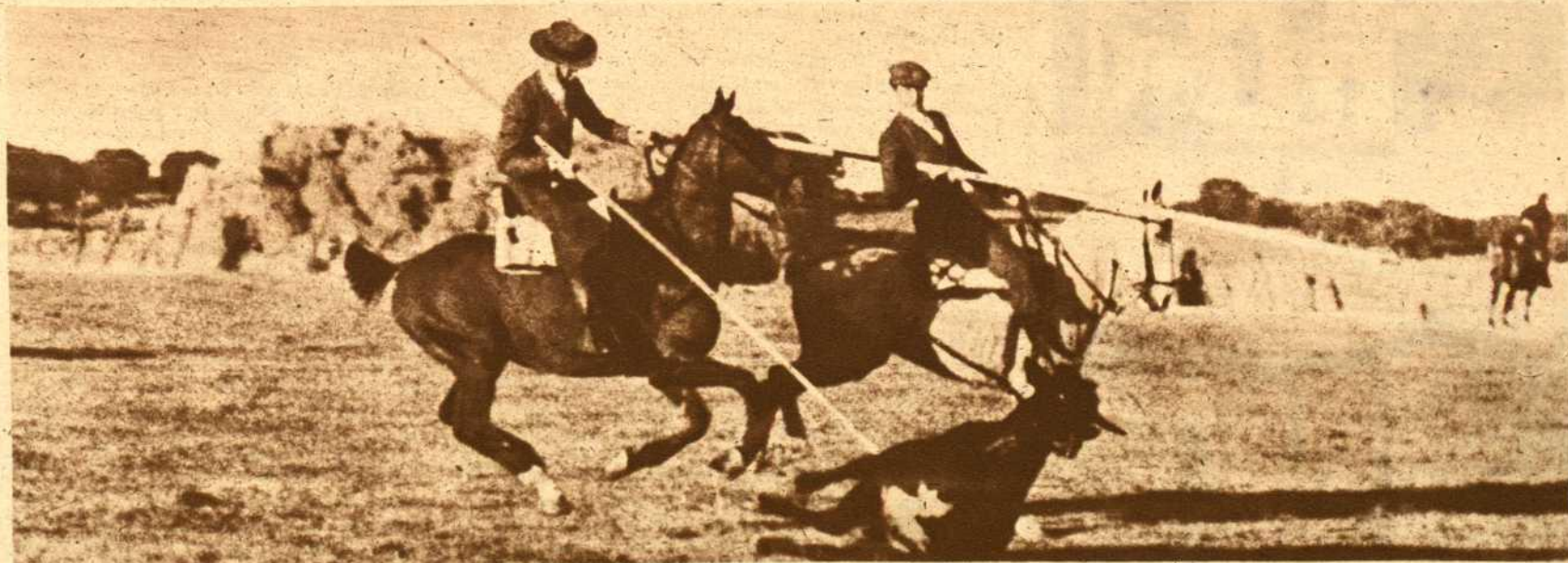
—Yo, maquinista de tren; pera nada más que por la tarde.

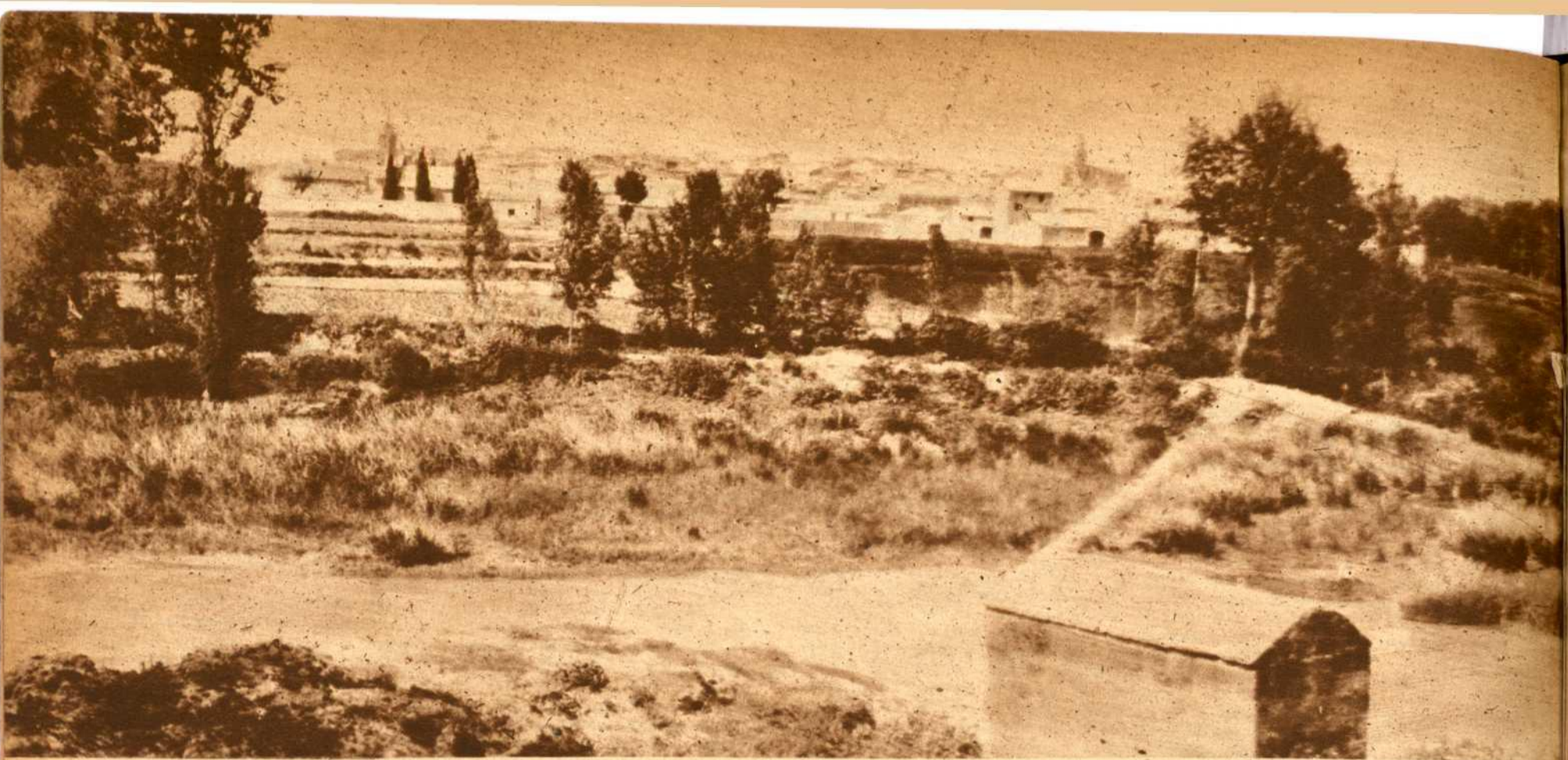
El mayor crítico que tienen los toreros es el chalao. Jamás encuentran ninguna faena lograda ni ningún lance perfecto. Todo para en seguida sacar una de sus fotos y exclamar:

—Eso es torear.

Ya diremos todo el fantástico daño que ha hecho la fotografía en el toreo; pero, por lo pronto, apuntemos que ha influido de manera decisiva en el aumento de los chalaos.

La variedad de chalaos es infinita. Ya irán saliendo en estas páginas, porque cada uno tiene su interés.





Perspectiva de Egea de los Caballeros, primera de las Cinco Villas de Aragón, donde el año 1809 se celebró la corrida extraordinaria

EN EL AÑO DE GRACIA DE 1809

UNA CORRIDA "EXTRAORDINARIA" EN EGEEA DE LOS CABALLEROS

Por B A R I C O



La torre de Egea de los Caballeros. Abajo: El lugar de la "corrida famosa"



EN el número de "La Lidia" del 23 de diciembre de 1888 se publica un extenso artículo, firmado por J. Soles Eguilaz, en el que se relata un suceso estupendo acaecido en la primera de las Cinco Villas de Aragón en el año de gracia de 1809. El título del artículo de J. Soles Eguilaz es el de "Las corridas de Egea de los Caballeros en 1809". Cuenta el articulista que, rendida Zaragoza a las tropas napoleónicas, más que por las victorias del Ejército francés por los estragos que en la población causó el hambre y la peste, los jefes militares franceses creyeron que todo el campo era orégano, y enviaron a los pueblos de la provincia pequeñas columnas formadas por unos setenta hombres que, a las órdenes de ciertos comisarios de guerra, se encargaban de cobrar impuestos y contribuciones.

Una de tales columnas llegó a Egea, villa que por entonces no tendría arriba de tres mil habitantes. No han dejado testimonio las crónicas de lo que ocurrió entre los soldados franceses y los pacíficos egeanos; pero sí sabemos que fueron muy pocos los militares que lograron volver a Zaragoza con algún hueso sano. En cambio, fueron muchos los que desaparecieron sin dejar rastro.

Los toros que luego fueron de Carriquiri, Cándido Díaz, Ripamilán, Celestino Miguel y docenas de ganaderos más, pastaban entonces en las Bardenas Reales, en Santa Anastasia, en Valfonda, en el Saso, en Camarales, en las Quemadas, en los Guarales, en tierras, en fin, todas enclavadas en el término municipal de la villa. Tuvo muy en cuenta esta circunstancia don Jerónimo, el alcalde, cuando se enteró de que una columna de tropas francesas, compuesta por mil infantes y cien jinetes, se dirigía hacia Egea para llevar a cabo una ejemplar acción de castigo.

Envió mensajeros don Jerónimo a todos los mayores de ganado bravo, con instrucciones concretas, y al atardecer de aquel día, cuando el señor alcalde se hallaba reunido en la plaza principal con los señores de la villa y el párroco rezando el "Angelus", empezaron a llegar los citados por la primera autoridad local, y, una vez que fué terminado el piadoso quehacer, habló don Jerónimo con los recién llegados. Su discurso fué corto y tajante.

A las pocas horas salían de la villa cuantos ancianos, mujeres y niños había en el caserío. Delanteros iban los mayores, bien dispuestos a cumplir las órdenes que don Jerónimo les había dado.

Los hombres útiles quedaron en Egea y se afanaron en cumplir la tarea ordenada por el alcalde. Se ataron cuerdas y cadenas que iban de un lado a otro

de calle, bien enterradas para que no fueran vistas y pudieran ser izadas cuando conviniera y cortar así la retirada a quien pretendiera huir. Hecho esto, como ya habían empezado a llegar puntas de ganado bravo, los hombres se ocuparon en enchiquejar en cada uno de los zaguanes y corrales próximos a la plaza tres ó cuatro toros.

Gentes que se habían apostado en los caminos llegaban con la noticia de que la columna se acercaba a la villa.

El hermano Rafael, lego capuchino, fué uno de los últimos en presentarse al señor alcalde, al que dijo: "Señor alcalde: el reverendo padre prior me encarga participar a ustedes que ya están ahí; que los franceses vienen en la creencia de que el pueblo está abandonado de todos sus habitantes, temerosos del castigo que vienen a imponerles; que al notar el ancho rastro del convoy que salió esta mañana de aquí y tomar lenguas que eran los vecinos de Egea que huían a los montes, cayeron en tal creencia, poniéndose furiosos y diciéndolo a gritos."

No había minuto que perder. Ordenó don Jerónimo que ocupase cada cual el sitio que se le había designado y que todos pusieran especial cuidado en no ser vistos. Luego comunicó que la señal de comienzo de ofensiva la daría él, desde la torre de la parroquia de Santa María, disparando un trabuco, y todos marcharon a ocupar sus puestos.

Minutos después llegaba a la Plaza Mayor una avanzadilla de la columna, compuesta por cinco húsares y veinte infantes. Hubo toques de cornetín y, al poco, toda la fuerza formaba en dicha plaza. Nuevos toques de cornetín y, de pronto, el disparo hecho por el alcalde desde la torre de la parroquia de Santa María. Una escuadra de gastadores se dispuso a derribar la puerta del Ayuntamiento. No fueron necesarios sus esfuerzos. Se abrió la puerta y del zaguan salieron siete toros que deshicieron la formación. De todos los zaguanes salían toros bravos que volteaban a jefes, oficiales, soldados y caballos. Todos pretendían huir; pero las cuerdas y cadenas, desenterradas ya, obstaculizaban su marcha. Y era lo peor que si algún militar francés lograba esquivar la embestida de las reses, no escapaba al fuego de armas largas que se hacía desde balcones y ventanas.

Se dice que de los componentes de aquella formación sólo tres o cuatro lograron llegar a Zaragoza. Lo que no se dice es si se volvió a enviar otra columna de castigo a Egea de los Caballeros, primera y principal villa de las Cinco Villas de Aragón, en la que se dió tan extraordinaria corrida de toros en el año de gracia de 1809.

LA PRIMERA GRAN DINASTIA DEL TOREO FUE LA DE LOS ROMERO, DE RONDA

FRANCISCO, el primero, fué el inventor de la muleta.

PEDRO, el mejor torero de su época.

Sus hermanos GASPAS y ANTONIO murieron trágicamente en la Plaza

Por LUIS GARCIA NAVAS



Pedro Romero. Grabado de J. de la Cruz.

EL arte de torear a pie estaba aún en embrión cuando irrumpió en las Plazas españolas—que aun eran muy pocas—un torero nacido en Ronda, Francisco Romero, que iba a ser la cabeza visible de una gran dinastía de toreros, que vendría después a dar lustre y gloria al arte de lidiar reses bravas. La figura de este Francisco Romero, de quien se poseen muy pocas o ninguna referencia histórica, se apoya más bien en la leyenda de que fué el inventor de la muleta, pues sabido es que hasta entonces los toreros usaban a guisa de muleta sus anchos sombreros. Y a él se le ocurrió la idea de montar sobre un paño de madera un rojo capotillo, con el que se defendía mejor de las embestidas del toro. Parece ser que a partir de entonces todos los lidiadores usaban este procedimiento, y la muleta pasó a ser ya una suerte fundamental de la lidia.

En la misma ciudad andaluza de Ronda nació también Juan Romero, hijo de Francisco, que, como su padre, también abrazó esta difícil profesión, aunque las pocas referencias que de su arte se poseen lo catalogan como una cosa vulgar. Así, pues, si este Juan Romero ha pasado a la Historia, más que por sus pro-

prios méritos débese ello a que fué el padre de Pedro, José, Gaspar y Antonio Romero, los cuales, como su padre y abuelo, siguieron la misma ruta vocacional. De este Juan Romero se dice que fué un hombre que aportó al toreo una unidad y un orden de los que hasta entonces carecía la fiesta.

Pedro Romero, el hijo mayor de Juan y, sin duda, el torero de mayor prosapia de la familia y uno de los mejores de su época, cuya figura se paseó por las Plazas españolas aureolada y glorificada, nació también en Ronda, como los anteriores, el 19 de diciembre de 1754. Hizo su presentación en la Plaza madrileña en el año 1775, alternando con su padre y Costillares. Un año después hizo su presentación en la Maestranza de Sevilla. Torero grande y largo, en toda la acepción de la palabra, Pedro Romero marcó una época para la fiesta, y sus actuaciones se contaban por triunfos extraordinarios, siendo el torero mimado por todos los públicos. Pronto su figura se hizo popular y saltó a la calle, en donde romances y tonadillas echaban a vuelo las glorias del torero. Pedro Romero había tomado la alternativa en la Plaza de Madrid en el año 1776, el 22 de abril. Era, por consiguiente, más moderno que Costillares y Pepe-Ilo, y, sin embargo, su orgullo de considerarse mejor que todos le hizo obstinarse en no alternar después de aquéllos, lo que promovió gran disputa y escándalo y se buscó la enemiga de esos dos colosos. Durante más de veinticuatro años Pedro Romero fué matador de toros, retirándose de los ruedos. Cuando, ya anciano, se encontraba alejado de su profesión, solicitó de Fernando VII, que había fundado la Escuela de Tauromaquia de Sevilla y nombrado para dirigirla a Jerónimo José Cándido, le concediera la plaza de director, pues se consideraba con mayor derecho, y el rey accedió a ello. Murió en Sevilla cuando contaba ochenta y cinco años de edad.

El cuarto de la dinastía de los Romero fué Gaspar, hermano de Pedro y nacido también en Ronda el 17 de octubre de 1756. De su hermano Pedro recibió las primeras lecciones tauromacas, y junto con él hizo su primer aprendizaje taurino. Pocas noticias se conocen de este Gaspar como torero, del que se ignora cuándo tomó la alternativa, aun cuando se sabe que tomó parte en una corrida en Madrid en 1790, en la que alternaba ya con espadas de cartel. Nada extraordinario aportó al toreo, y las pocas noticias que de él se tienen nos dicen que murió trágicamente en la Plaza de Toros de Salamanca el año 1802, cuya corrida, se añade, su hermano Pedro la presencié de espectador.

El quinto Romero fué José, hermano de los anteriores, y que, cuentan las crónicas, fué torero contra la voluntad de su padre. Se dice también que entre su hermano Pedro y él existió una gran rivalidad, porque creía José que Pedro entorpecía su carrera. Tomó la alternativa en Madrid en 16 de mayo de 1791, en cuya Plaza actuó como primer espada durante varios años, galardón que sólo alcanzaban toreros de primera categoría. La tarde trágica de la



Pedro Romero. (Cuadro de Goya.)

muerte de Pepe-Ilo en la Plaza madrileña, José Romero dió muerte al toro Barbudo, causante de la tragedia. La última corrida de la que se tiene noticia tomara parte es la de Madrid, el 31 de agosto de 1818, cuando tenía más de sesenta años.

Y vamos, ya, para terminar, con el sexto de la dinastía, Antonio Romero, el más pequeño de los hermanos de Pedro, que, como todos sus hermanos, nació en Ronda el 18 de septiembre de 1763. Su hermano Pedro le enseñó los secretos del toreo y lo llevó después a torear con él muchas veces. No alcanzó gran notoriedad, y si alguna tuvo, indudablemente más la debía a la sombra que le prestaba el árbol glorioso de su familia que a sus méritos. Murió trágicamente en la Plaza de Toros de Granada el día 5 de mayo de 1802. El toro Ollero, de Thous, le infirió dos gravísimas heridas en la ingle y en el muslo derecho, de resulta de las cuales falleció en la misma ciudad al siguiente día.

HISTORIA TAURINA DE VICENTE PASTOR

Vas a conocer, lector, en este número damos comienzo a la taumática existencia de Vicente Pastor, enlazada con los episodios más destacados que en el toreo al propio tiempo se fueron desarrollando.

En algunos momentos de esta modesta "lidia" literaria, el propio protagonista actuará echando un capote con aquella buena voluntad de que hacía alarde cuando durante el primer tercio, al rodar por el albero en peligro de muerte un varilarguero, ejecutaba, de poder a poder, uno de aquellos quites que tanta fama le dieron.

Los millares de "pastoristas" que aun andan por este mundo van ahora a sentirse satisfechos con la publicación de estos capítulos, escritos con la mejor voluntad y ajustados a la más verídica historia. Por lo menos, este es nuestro deseo.

El primer chispazo.—Un billete de cien pesetas.—De aprendiz de guarnecedor de coches a «capitalista». Tiene pantorrillas de torero!—El ayuno diario o todo por el arte.—Su presentación como «pelotero». Ya está ahí el Chico de la Blusa!—La primera revista.



En la historia del Touro es el año 1894 uno de los más significados por los acontecimientos en él acaecidos.

Tras una serie de actuaciones bastante desdichadas de Manuel García, Espartero, llegó el día 27 de mayo, y en esta fatídica fecha el desventurado diestro sevillano murió trágicamente en la Plaza vieja madrileña, víctima, como se ha dicho en muchas ocasiones, del mureño *Pedregón*.

Aquel luctuoso suceso llenó de consternación a todos los aficionados, y durante muchos días fué el obligado tema de las conversaciones.

Tarde imborrable, en la que imponiéndose a los dolorosos momentos otro gran torero, Antonio Fuentes, abrió el paréntesis de sus triunfos hasta colocarse en el primer lugar del toreo, en la famosa afirmación de Guerrita:

—Después de mí, nadie, y luego, Antonio Fuentes!

Fué aquel año también el de la gran temporada del colco de Córdoba; Rafael Guerra, Guerrita, temporada pléutica de triunfos resonantes, entre ellos el obtenido en Madrid con el toro *Farelo*, de don Juan Vázquez, el 22 de abril, por que ante el asombro de cuantos presenciaron tal corrida, Rafael recogió al toro, que se hallaba huido, con nueve pases, cinco de éstos naturales, que fueron otras tantas ovaciones, preludio de un pinchazo en la suerte de recibir, suerte suprema que repitió tres veces más después de ejecutar otra serie de pases magistrales, al natural, hasta meter el aro en lo más alto del «morriño» de la res.

Y otro torero, Antonio Reverte Jiménez, en Alcalá del Río, también en tal año monopolizaba la popularidad con su temerario valor, siendo cantadas sus proezas en coplas y romances.

No pasaron inadvertidos tales acontecimientos para un mozallete, rubio, sencillo y callado, hijo de un modesto obrero, que todos los domingos no dejaba de asistir a la catequesis del Patronato de los Hermanos de la Doctrina Cristiana, en la barriada de Las Peñuelas establecido.

Y aun cuando en realidad no había sido aun testigo de nuestro incomparable espectáculo, los relatos de aquellos hechos taumáticos inspirábanle una profunda simpatía, siendo ella la causa de que en su cerebro empezase a germinar la idea de querer ser torero.

¡Ah, si él algún día llegase a ser como alguno de aquellos, y, sobre todo, como Reverte, por el que sentía una gran admiración!

Vicentillo, como le llamaban los chicos de la barriada de Embajadores, vivía entonces en la casa número 9 de la calle angosta de Santiago el Verde, donde vieron sus azulados ojos la luz primera el 30 de enero de 1879, y trabajaba como aprendiz de guarnecedor de coches en el taller que don Santiago Lázaro tenía establecido en el 27 de la de Mendizábal.

Un día, el aprendiz, que ya venía destrozando muchos pares de zapatas en «corridas nocturnas», jugando al toro con otros soñadores, en la vía pública, y en aquel inolvidable Salón del Prado, regresó al taller cumplido un encargo.

—Maestro! Me he encontrado en el suelo, tirado, esto—dijo Vicente, lívido, al propio tiempo que le entregaba un billete del Banco de España.

—Es de cien pesetas—replicó el señor Lázaro—. Dámelo y dile a tu padre que venga por el taller esta tarde.

No tardó mucho el señor Miguel en entrevistarse con el maestro de su hijo, temeroso de que éste hubiera cometido alguna falta.

—El chico se ha encontrado este billete—le dijo don Santiago—, y como no se sabe de quién es, tómelo, que buena falta le hace.

Y vencida la resistencia del padre del futuro torero, que en un principio se negaba a recibirlo, se guardó las cien pesetas y más tarde regaló dos de ellas a Vicente para que al domingo siguiente se divertiera.

Tembloroso, y pensando sólo en invertir aquellas dos pesetas en otro billete para dar realidad a uno de sus sueños presenciendo una corrida, apenas llegó el ansiado día hizo movillos y en lugar de presentarse en el Patronato, se marchó decidido a la calle de Sevilla, donde, y en el lugar que actualmente ocupa el Banco Hispano Americano, se hallaba el despacho de Juan Mezquita para los toros; adquirió una de ellas, y presada la mayor emoción, se dirigió calle de Alcalá arriba hasta la gran mezquita del Torero, cuyos umbrales iba a traspasar por vez primera porque así lo dispuso la casualidad.

Grande fué la sensación que experimentó al hallarse confundido entre la multitud expectante, esperando con justificada avidez el principio de la novillada; pero mayor fué la que le causó ver cómo unos hombres, sin más defensa que su habilidad y su destreza, burlaban gallardamente las fieras acometidas de los astados.

—No sé lo que me pasó—me decía hace años Vicente recordando aquella primera impresión recibida de la fiesta—. ¡Aquel espectáculo me entró por los ojos de tal manera que ya mi único y constante pensamiento fué el de abrazar el arriesgado oficio!

—Tiene pantorrillas de torero!—exclamó una vecina de la señora Antonia cuando ésta, orgullosa, le enseñó a Vicentillo, con cuatro años de edad, luciendo unos flamantes zapatos de charol y unos blancos calcetines de hilo. El vaticinio de aquella mujer iba a empezarse a cumplir, porque el aprendiz de guarnecedor era, indudablemente, un elegido para ocupar en la Tauromaquia un destacado lugar.

Pero surgió el conflicto. ¿Cómo continuar asistiendo a las novilladas, en las que vió un medio seguro para dar los primeros pasos en su nuevo oficio?

¡No todos los días se iba a encontrar billetes del Banco de España tirados por el suelo!

Había que buscar una solución, y no tardó en hallarla.

Un régimen de voluntario ayuno era el más indicado, y guardándose el importe de lo que su madre diariamente le daba para almorzar, continuó todos los domingos faltando al Patronato y asistiendo a las novilladas con el propósito de convertirse de espectador en protagonista.

Anunciaban los carteles de aquellas novilladas que al final de ellas se lidiarian cuatro novillos embolados para ser lidiados por los aficionados que gustasen bajar al redondel, prohibiéndose hacerlo a los niños y ancianos, así como verificarlo con palos o pinchos que pudieran perjudicar al ganado.

Y en la lidia de estos muruchos con bolas encontró Vicente ancho campo para dar rienda suelta a su desmedida afición.

Poco tardó en enfrentarse con uno de aquellos toreros embolados.

Por fin se decidió una tarde, y antes de que el primer embolado de la serie pisase el ruedo, ya se encontraba en él, con su blusa azul, el aspirante a torero, y sacando una tela granate arrojada del techo de una berlina en reparación que existía en el taller, y que llevaba escondida debajo de la blusa, se puso por primera vez en su vida delante de un cornúpeto.

Y así continuó haciéndolo, en su capacidad de «capitalista» o «pelotero», que de esta manera se llamaba a los que tomaban parte en aquel espectáculo, afortunadamente desaparecido.

La serenidad y la maña que se daba para burlar las acometidas de las reses emboladas pronto llamaron la atención de los espectadores, que terminada la lidia ordinaria se quedaban hasta el momento de ser sacado por los cabestros el último morucho con bolas.

Así acabó Vicente aquel año 1894, inolvidable en los anales taurinos, y así empezó el siguiente 1895.

—¡Ya está ahí El Chico de la Blusa!—exclamaron los aficionados cuando de nuevo le vieron entre la turbamulta de «capitalistas».

Fué desde este momento cuando empezó a gozar de popularidad, quedándose con el remanente alusivo a su indumentaria.

A esta popularidad contribuyó *El Touro*, un semanario taurino prestigioso, dirigido por don Emilio Sánchez Pastor, celebrado escritor, que se publicaba todos los lunes y que era leído con verdadero interés por los aficionados.

Al final de la revista de la novillada celebrada el 11 de marzo del último citado año, en la que actuaron «mano a mano», con novillos de Saltillo, Francisco Piñero Gavira y José García Algabeño, publicóse la primera reseña a Vicente Pastor dedicada. Decía así:

También derribó el morucho al ya célebre chiquillo que torca de muleta, más que muchos toreros de los que tanto presumen en la anteala del Suro.

El Chico se levantó y siguió toreando como si tal cosa. Conste que fué aplaudido en diferentes ocasiones y que por la blusa que gasta parece ser aprendiz de algún establecimiento tipográfico.

¡Con qué emoción leyó, recortó y envió esta revista el entonces incipiente torerillo!—DON JUSTO



Tres veces ha tenido Córdoba

el cetro del toreo

LAGARTIJO

GUERRITA

MANOLETE

Por ANTONIO HEREDIA

GUERRITA fué un paréntesis, ancho y profundo—¡de medio siglo!—, entre la larga cordobesa de Lagartijo y el pase natural de Manolete.

Las fechas son más elocuentes que las palabras:

1865. — Lagartijo el Grande alcanza para Córdoba el cetro del toreo.

1893. — Se despide el Califa y pasa el cetro a manos de Guerrita.

1941. — Se celebra el centenario de Lagartijo; muere Guerrita; y Manolete reclama el cetro para Córdoba.

vaba a las plazas la belleza del campo y la luz blanca y cruda de las faenas vaqueras...

Y así llegamos hasta febrero del 1941.

Fué entonces cuando Guerrita, hombre cumplido y puntual en sus tratos, dijo a sus familiares:

—*Avíame un terno negro nuevo, con alamares de plata cordobesa.*

—*¿Vas de viaje, Rafael?*

—*Sí. Es que este año se cumple el centenario de Lagartijo y quiero estar con él en esa fecha...*

Aullaron los mastines de Las Cuevas, doblaron las campanas de San Nicolás y bajo la Sierra un llanto manso porque el Guerra había muerto.

En el Gran Capitán, la efigie de «Pacheco» se estremeció de frío, y el galgo se acercó más a su amo, hasta rozar los pliegues de granito de la capa de Julio.

Por la plaza del Potro, un piconero—blusa oscura de dril y duro ceño bajo el sombrero de ala ancha—decía como un eco estas estrofas que él creyó soleares y eran una elegía:

—*«Por Santa Marina entré buscando a Julio Romero, ¡serranal, y no lo encontré...»*

Y fué aquel mismo año, coincidentes el centenario de Lagartijo y la muerte del Guerra, cuando Córdoba, sin el obstáculo que suponían la tradición y el respeto a Guerrita, reclamó sus derechos y volvió por sus fueros. Y en la feria sevillana de abril, en el albero de la Maestranza, Manolete recabó para sí y exigió para Córdoba el cetro de la fiesta.

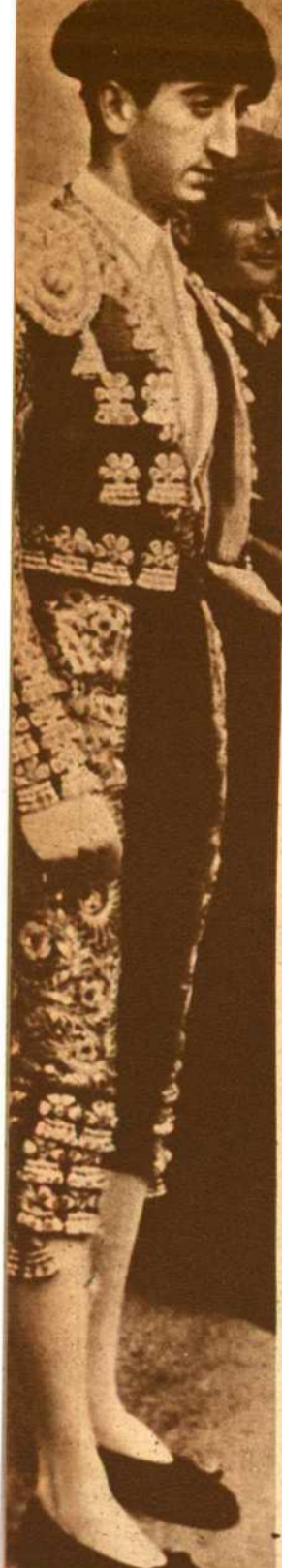
Yo estaba en esa feria y desde mi barrera pude observar los gestos de incontento asombro de los viejos toreros, de los aficionados tradicionales, de los ganaderos prestigiosos. El Algabeño, Emilio Bomba, Aurelio Sánchez Mejías, los hijos de Miura y de Pablo Romero...

A todos los llenaba el interés y la emoción. En todo el Baratillo no había tranquilo más que un hombre: Manolete, que de manera lisa y llana, con trazo vertical y ejecución serena, dibujaba en el ruedo la teoría de ese toreo que ya es norma y ejemplo...

Entre la larga cordobesa de Lagartijo y el pase natural de Manolete, la poderosa técnica del Guerra y su dominio extraordinario de las reses fué un paréntesis ancho, ¡de medio siglo!, en el toreo.

Ahora, cuando el sol en declive alargue la silueta de Manolete en sus paseos camperos y prolongue la sombra hasta sacarla de la carretera y meterla bajo las ramas en granazón de los viejos olivos, pensará algún anciano mientras contempla el trote corto de la jaca de Manolete:

—*Así iba Rafael el Grande; así andaba Guerrita por sus sementeras y sus dehesas... Este no tiene la elegancia de Rafael ni la fuerza del Guerra. Pero... ha traído hasta Córdoba lo que era nuestro... y ha traído al toreo una solera y un regusto que empezaba a faltarle...*



Manolete



Rafael Guerra, Guerrita



Lagartijo

gartijo, Rafael dejó el solio. Y allá, desde el retiro de su cortijo de Las Cuevas, presencié el rumbo de una fiesta en la que él lo había sido todo y a la que había dejado huérfana, porque no quiso declinar en ninguno sus poderes: «*Dimpués de mí, naidé. Dimpués de naidé... Fuentes.*»

Era que el amo del toreo consideraba el cetro aquél cosa suya, vitalicia e inalienable.

Córdoba respetó la profecía de aquel oráculo cetrino y garboso que dictaba sentencias desde la calle de Gondomar. Pero Sevilla, no. Los sevillanos eran más rebeldes; y del Altozano de Triana y de la Alameda de Hércules salieron dos audaces pretendientes al alto puesto. Fueron Belmonte y Joselito, que lograron lo que ni Fuentes, ni Reverte, ni Antonio Montes, ni el Espartero, ni Bombita, ni el Gallo pudieron alcanzar.

El contraste estaba bien patente. Mientras en la Giralda forcejeaban los toreros por alcanzar el cetro, en la Mezquita había una abstención respetuosa y discreta. Era como si los toreros cordobeses se repitieran a sí mismos:

—*«Todavía no. Todavía está vivo Guerrita...»*

Y sólo hacía Córdoba lo necesario para que la solera no se perdiera por descuido. Y le daba a la fiesta subalternos, de a caballo y de a pie, que con servaban encendido el fuego de las tradiciones: Zurito, Catalino, Mazzantini, Artillero, el Gordo...; Juan Molina, Cantimplas, Camará, Patatero, Cerrajillas...

Y un Machaco que frenaba a Bombita, y un Antonio Cañero que lle-

UNA PREGUNTA DIFÍCIL

Por FELIPE SASSONE

VAYA! Al primer ta-
pón, zurraspas. Ya
he escrito mal el tí-
tulo de esta crónica.
Escribo mal tantas veces
—algunos amigos dicen
que siempre—, que por
una vez más ¡qué más
da!

Pero he escrito mal
porque no es la pregunta
lo difícil, sino la respues-
ta, y la pregunta es la
siguiente:

—¿Qué es más difícil:
matar recibiendo, aguanta-
ndo o a volapié?

Todos los grandes tra-
tadistas, y los aficionados
viejos y exigentes, por-
que mucho bueno vieron
y porque para ellos, por
razón de su edad, "cual-
quier tiempo pasado fué
mejor", afirman que la
verdadera suerte supre-
ma, la que ofrece más di-
ficultades y tiene por eso
más mérito, es la de re-
cibir. En verdad, ahora
se ejecuta muy rara vez,
y en la temporada que
acaba de pasar, y en la
anterior, y estoy por ase-
gurar que desde hace mu-
cho más de un lustro,
sólo se la hemos visto

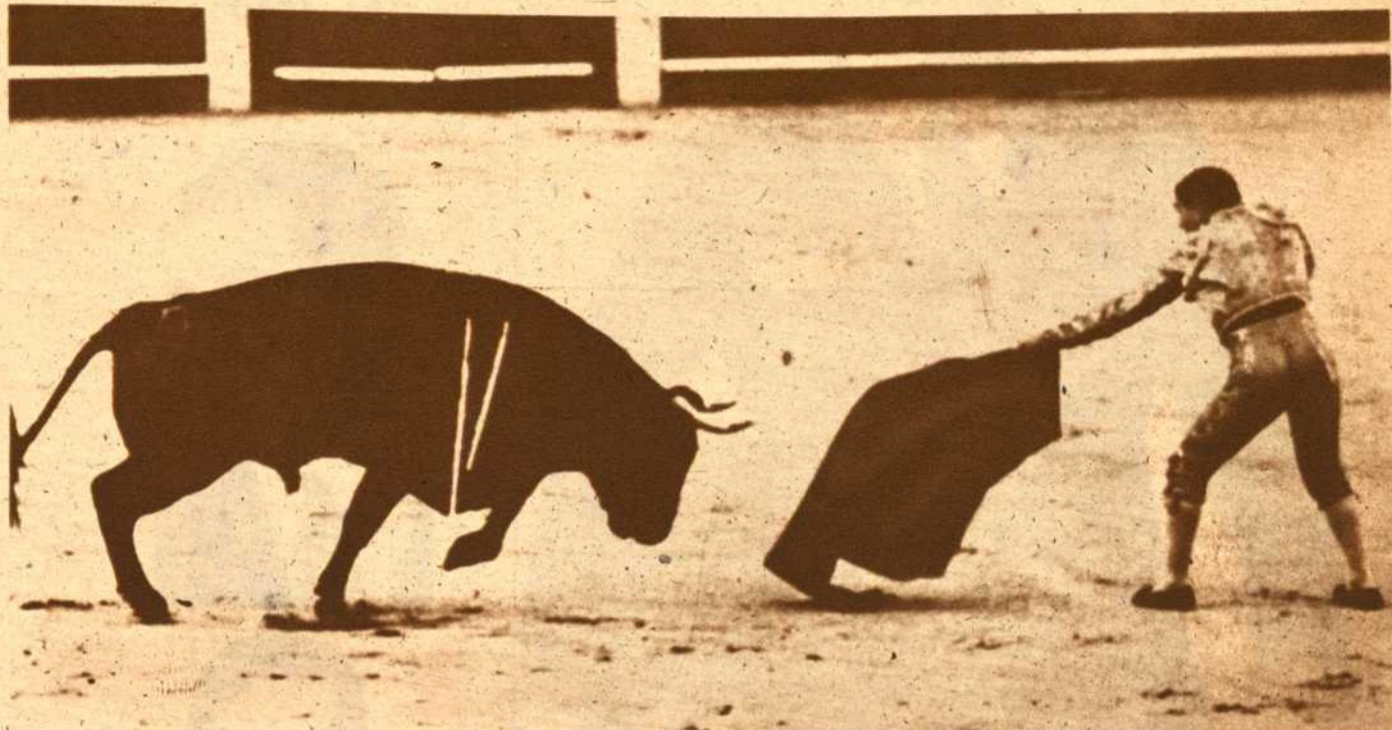
realizar a José Mejías Bienvenida. A éste se la enseñó su padre,
el famoso "Papa Negro", que en su época triunfal, brillante,
pero breve, como el paso de un cometa, la ejecutaba con preci-
sión y maestría. De la mayor parte de los aficionados nuevos,
los posteriores a Joselito y Belmonte, se puede asegurar que co-
nocen dicha suerte sólo de oídas. Y aun de muchos más. Quien
esto escribe, algo anterior a la edad de oro del toreo, la de El
Fenómeno de Triana y La Maravilla de Gelves, en medio siglo
de aficionado sólo la ha visto ejecutar, muy de tarde en tarde, en
la Plaza de Acho, de su ciudad de Lima, a un matador de toros,
basto y torpón, que se llamaba Leandro Sánchez, *Cacheta*; a los
novilleros Manuel Nieto, *Goreta*, de Huelva, y Juan Antonio Cer-
vera, el *Cordobés*, que, dicho sea de paso, era más largo que un
día sin pan y más triste que un ciprés funerario, y a un viejo
torero peruano, Mariano Soria, el *Chancajano*, que ya tenía en-
tonces, fines del siglo XIX, la cabeza como la nieve, y dice que
había aprendido la suerte de vérsela cumplir a José Lara, *Chi-
corro*. En las Plazas de España vi matar toros recibiendo a Bien-
venida, padre; a José Gómez, *Gallito*; a Manolito Bienvenida una
vez y a Pepote cuatro o cinco. No así a los demás grandes ma-
tadores de toros, desde don Manuel Hermosilla y don Luis Maz-
zantini hasta *Fortuna*, *Varehito*, Malla y Villalta, pasando por
Emilio Torres, *Bombita*; *Algabeño* el viejo, *Mazzantinito*, *Rega-
terín* y los hermanos Paco y Manolo Martín Vázquez. Del inmenso
Lagartijo sé, por Peña y Goñi, que lo cuenta en su libro "*Lagar-
tijo, Frascuelo y su tiempo*", cómo una sola vez en su vida in-
tentó la suerte, y no le salió a derechas, y de *Guerrita* sé que
sólo la ejecutaba a la perfección, porque en un número de "*La Lidia*" de 1894 lo
consignaba así el revistero don Mariano del Tofo y Herrero, *Don Cándido*. No tengo
a mano el ejemplar de la revista; pero aun recuerdo unos versos ligerísimos en que
el crítico tejía un ditirambo para la hazaña que juzgaba milagro, y terminaba así:

...volvió el hombre a repetir
aquel del "pan y los peces".
¿Cómo? Haciendo a un buey morir
citándole a recibir
¡cuatro veces!

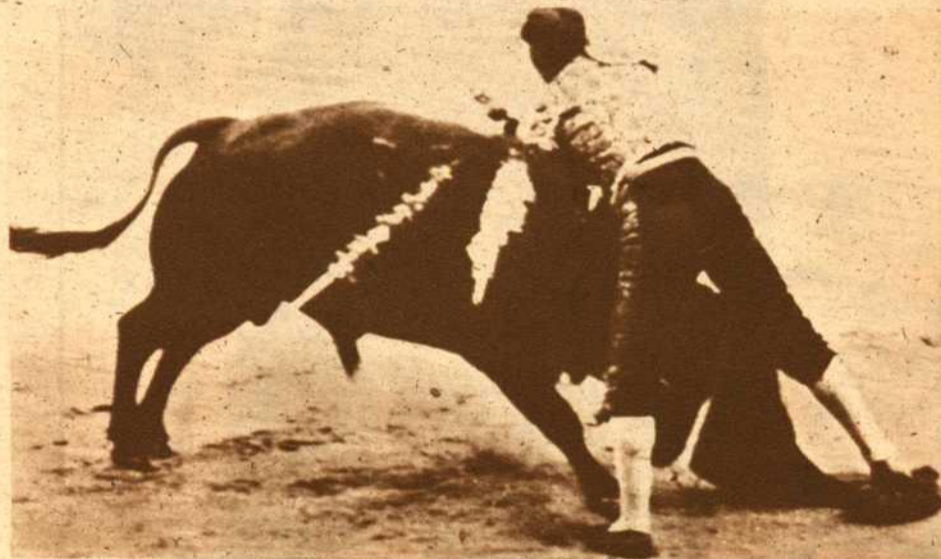
No sería tan buen buey el enemigo, pienso yo ahora.

Ancianos aseguran, y viejos papilles cantan, que en los días de Salvador, *El Negro*, se mataba en todas las corridas un par de toros recibiendo. Bien está; pero era otra la lidia, se toreaba menos en los quites, se cuidaba a los toros, y éstos, menos aplomados, llegaban al matador en condiciones propicias para la suerte.

Dejemos aparte las de arrancar y aguantar, que son, en cierto modo, formas intermedias entre la de recibir y a volapié, y se prestan a amañeos y tranquillos, y veamos la diferencia esencial entre matar recibiendo y a volapié. En ésta el torero va al toro; en la de recibir, el toro viene al torero. Entre todas las suertes del toreo, miradas en conjunto, existe la misma diferencia, porque en unas, después del cite, la iniciativa es del animal, y en otras, del lidiador. En los lances de capea el diestro aguarda al toro; en la brega, a una o dos manos, el ejecutante va hacia



Pepe Bienvenida citando a recibir al toro Turquesito, en la Plaza de Madrid



Martín Agüero en uno de aquellos volapiés

el enemigo. En las suertes de banderillas al cuarteo, de frente y al sesgo, el banderillero empieza el viaje, y en la suerte al quiebro ocurre lo contrario. Hay quien banderillea sólo al quiebro y es incapaz de hacerlo en otra forma, y hay quien conoce y practica todas las formas y no se decide a esperar quieto para recibir, y quien toreando muy bien en todos los tercios no coge nunca los palos, y toreros cobardes con el trapo y extremadamente valerosos con el acero, y lidiadores magníficos con la muleta que no se arriesgan a entrar a matar derecho ni por lo que vale un cortijo grande. ¿Qué sale de todo ello? Pues que, salvo contadas excepciones, valor y facilidad, que se dan juntos, son circunstanciales y personales y dependen del temperamento de cada torero y de su mayor o menor destreza para determinadas suertes, y así hay quien prefiere los toros que se le vengan y quien está más a gusto con los que exigen la porfía y el cite reiterado. El único mérito indiscutible estriba en ejecutar bien lo que se intente; mas como casi todos los toros se matan arrancando o a volapié, y sin saber ejecutar dichas suertes no se puede ser matador, el que además sepa matar recibiendo será, al fin y a la postre, el más completo, a pesar de que hayan gozado de celebridad y pasado a la historia, como grandes estoqueadores, de Joaquín Rodríguez, *Costillares*, a Antonio Sánchez, *El Tato*, y de *El Tato* a Mazzantini, muchos espadas que nunca mataron recibiendo.

Charla de fin de temporada

"Consolidar el puesto es más difícil que subir la cuesta del aprendizaje"
"El toro: ni mastodonte ni cucaracha"



Pepe Bienvenida se presta a las exigencias del fotógrafo para completar este reportaje (Fots. Manzano)



SALONCITO de estar, en el domicilio de Pepe Bienvenida. La estancia—breve y grata—tiene sabor a rincón de un hogar confortable. Los muebles y el decorado consiguen un tono sencillo y acogedor desprovisto de detalles de afectada elegancia.

El exuberante colorido de Roberto Domingo acierta en la reproducción de dos felices momentos artísticos de Pepote. Un bello apunte de la antiquísima Plaza de la Maestranza de Sevilla y dos fotos de Pastora completan el exorno de las paredes.

Pepe es un enamorado de la vida familiar y más aun desde que una cabecita al asomar al dintel de la vida ha venido a requerir el ejercicio de los serios deberes paternales.

Este bisoño padre de familia es uno de los hombres de más agradable trato que he conocido en el campo de la tauromaquia.

De una gran simpatía, emanada de un carácter suave y bondadoso, hace que el número de sus amigos sea tan numeroso como el de sus incondicionales partidarios.

Al solicitarle una impresión personal de la temporada que ha finalizado, Pepe no disimuló su contento al evocarla:

—Para desencanto de los supersticiosos debo decir que mi temporada número trece ha sido una de las mejores que he tenido hasta la fecha. No tuve percances serios, pues aunque cuatro o cinco veces me atropellaron los toros y por este motivo perdí siete corridas, esto no pasa de ser cosa menor en nuestro oficio.

—¿Recuerda dónde tuvo lugar su mejor jornada?

—A mi juicio, la segunda corrida que toreé con mis hermanos en Madrid, el 24 de mayo. El ganado de la viuda de González ayudó mucho con su franca y noble embestida y todo salió a plena satisfacción, y como quiera que a Antonio y a Angel Luis les sucediera lo mismo, mi gozo fué completo.

—¿Alguna corrida habrá de peor memoria?

—¡Cómo no! Entre sesenta y una no podían faltar algunas de enojoso recuerdo. La que más pesadumbre me produjo fué la que intenté torear con mis hermanos en Calahorra, el 31 de agosto. Digo que intenté, ya que el primer toro de la tarde me propinó tal paliza que me imposibilitó de continuar la corrida.

En la enfermería, no sé si me producían mayor dolor los «cardenales» y varetazos, o el sentimiento de que mis hermanos tuvieran que pechar con el regalito de mis dos toros.

—Aunque bien tiene demostrado dominar todas las papeletas del toro, ¿qué momento de la lidia le es más placentero?

—Sin ningún género de duda cuando consigo «coronar» a un toro. Sabido es, que en el «argot» taurómico esta expresión se utiliza para demostrar que se ha completado una faena y en ella se han conseguido todas las suertes con pleno éxito.

—¿En cuántas etapas se dividió su vida profesional?

—En tres. Este mismo número de años permanecí como becerrista, o sea el transcurso de mis once a mis catorce primaveras. Otros tres años anduve de novillero, continuados con las trece temporadas de matador de toros ya mencionadas.

—¿Qué entraña mayores esfuerzos: llegar a los primeros lugares o saber mantenerse en ellos?

—Lograr la consolidación del puesto conseguido es mucho más difícil que subir la cuesta del aprendizaje. Con vocación y amor propio se sube ombalado. Luego, viene el resistir el empuje de los que vienen detrás y quieren situarse. El público tiende siempre a ayudar a los nuevos valores y se cansa pronto de los viejos idolos.

—Así que éstos para subsistir...

—... tienen en cada corrida que

PEPE BIENVENIDA habla para *El Ruedo*

"El tercio de banderillas es el de mayor vistosidad y belleza"

"Este año ha sido uno de los mejores que he tenido"

apretar de ritmo y competir con la expectación que despierta todo aspirante a la mayoría de edad en el toro. En nuestra profesión el que no consigue renovarse constantemente acaba pronto por quedar relegado a ser un recuerdo del pasado.

—¿Con qué clase de toros torrea más a gusto?

—En cuanto a tamaños, en esto como en todo, el término medio es lo mejor. Ni mastodontes, ni cucarachas. Los éxitos son de mayor facilidad con toros de respeto, siempre que sean lidiables, pues los públicos sólo dan importancia a lo que les emociona. Y ya ni los niños se sobresaltan cuando ven a un torero ante un animalito de menor cuantía. Aunque a veces ocurre que los toros chicos lo lleven a uno de cabeza.

Pastora—claro ejemplo de feminidad en el hogar y en los Estudios cinematográficos—ha conseguido dormir a su bebé y toma asiento junto a su esposo. Tras ella llegan algunas amigas y por unos instantes la conversación salta de los temas taurinos a los de puericultura, de palpitante actualidad para esta enamorada pareja que acaba de ver colmados sus anhelos. Y así me entero que Pepe ha adquirido un pesabebés a fin de vigilar los pesos de la primogénita y de que su intelecto se ha enriquecido repentinamente a costa de seis o siete tratados de Higiene infantil.

Para no ser menos, hago gala de mi veteranía como padre de familia; las amigas no se quedan mancas tampoco y la reunión más se asemeja a un pseudo congreso de pediatras que a cualquier otra cosa.

Al fin doy cuenta que por estos derroteros llevaríamos camino de no acabar nunca y en tono bajo, para que no me oiga la señora de la casa, insinúo a Pepe:

—Pero usted esperaría un varoncito...

Pastora debe tener un oído envidiable, pues su mirada, al tiempo que me fulmina, coacciona la respuesta de su marido:

—¡Hombre... eso...!—balbucea él sin saber qué decir—. Lo que sí puedo afirmarle es que la niña nos tiene a todos encantados, incluso a mi padre, que era el que más suspiraba porque su primer nieto fuera varón.

—¿Cómo distribuye el día durante su época de descanso?

—Empiezo por levantarme alrededor de las nueve de la mañana. Tras el desayuno, paso por casa de mis padres y allí estoy hasta la hora del aperitivo, en donde siempre se cazan noticias fresquitas del mundillo taurino. Regreso a casa para comer, luego a la calle a saborear los rayos solares y de nuevo a casa, donde nunca me faltan motivos de distraer el tiempo. Raramente salgo después de la cena.

—¿Qué le satisface más, la vida de descanso o la que realiza durante la temporada de toros?

Pregunta peligrosa para arrostrarla ante la mujer de un torero; pero Pepote no se inmuta y muy dueño de sí, dice:

—Los primeros días, acostumbrados al incesante ajeteo y a los riesgos del verano, los toreros los solemos acoger con júbilo; pero pronto empezamos a añorar las jornadas de la época de trabajo y a desear el principio de la próxima temporada.

—¿Estima usted necesario el tercio de banderillas?

—Todos los tercios bien ejecutados, no sólo son interesantes sino necesarios, y de todos ellos es el de banderillas el más vistoso y espectacular, por lucir el torero su arte a cuerpo limpio.

—Y ya que estamos hablando de rehüetes, ¿quiere decirme qué suerte ejecuta con más interés?

—Para mí gusto los de poder a poder. Acaso sean los de mayor emoción por ser de más riesgo. Por la velocidad y fuerza de la arrancada el encuentro resulta siempre bello e interesante. Muchos aficionados prefieren el par de frente, de cierta analogía con el de poder a poder.

—¿A qué espadas ha admirado como excelentes banderilleros?

—A mi hermano Manolo, a Márquez, Marcial, Fausto Barajas y Facultades, entre los españoles. De los mejicanos, a Juan y a Fermín Espinosa y también a Balderas.

—Y Arruza, ¿qué le parece?

—Que se trata de un formidable banderillero que domina todas las suertes a la perfección.

—¿Cree usted perjudicial para los toreros españoles la concurrencia de los diestros de Méjico?

—La presencia de los toreros mejicanos en España al aumentar la competencia brindará nuevos atractivos a los programas y cada vez el público se sentirá más atraído hacia la fiesta, con lo que a mi entender todos saldremos ganando. Existe otro peligro más tangible para la mayoría de los toreros...

—¿Y es...?

—La formación de trusts que vienen a reportar tantos perjuicios a la afición como a los toreros. En el campo taurino la aparición de estos trusts lesionan la libertad de trabajo al impedir que toreros con prestigio tengan acceso a determinadas Plazas donde un pequeño grupo implanta su hegemonía.

Un quejumbroso vagido que parte de la habitación contigua pone en movimiento a la dueña de la casa y a sus amigas.

—¡Estas mujeres...!—rezonga Pepote. Pero a la legua demuestra que su atención está más en su hija que en mi charla. Precipito mi despedida y me voy a la calle pensando que acaso cinco o seis chiquillos no den tanto trabajo todos juntos como uno solo.



¡Cuatro pares al quiebro por el mismo lado!

Los plantó JOSELITO al toro "Jimenito", de Saltillo, la tarde que cortó la primera oreja en la Plaza de Madrid

Su hermano Rafael y Manolo Bombita completaban el cartel de la memorable corrida



LA escena ocurrió este verano, y como escenario la bella playa guipuzcoana de Zumaya. Los protagonistas: un viejo aficionado, no tan viejo de edad como parece por su veteranía de aficionado, y el gran artista Ignacio Zuloaga. El amigo aficionado acaba de regresar de su tierra, de Santander adon-

de ha ido a ver torear, y sobre todo banderillar, a un casi paisano: Carlos Arruza; era el día de la presentación de éste en la Plaza montañesa, y la curiosidad y novedad le hicieron efectuar el viaje.

La escena ocurría al regreso de aquella escapada taurómaca.

—¿Qué tal el mejicano? Vería usted que es un portentoso banderillero.

—Sí, magnífico, ha clavado tres pares monumentales a un toro fácil para tal suerte, pero por qué no ha provocado la dificultad para hacer más arriesgada y más meritoria la suerte?

—Caramba, mi amigo, tiene usted unas cosas...; se fija en unos detalles...

—¿Que ya somos viejos, maestro Zuloaga! ¡Que hemos visto mucho! y a este propósito le relataré un caso que ocurrió con Joselito; fué a presencia mía, y el recuerdo de aquello es lo que me ha hecho opinar de ese modo respecto a lo que en Santander vi.

En un conocido restaurante de la carrera de San Jerónimo, hace ya bastantes años, en la época del apogeo del llorado Joselito, se reunían con éste varios amigos, yo entre ellos, y con nosotros el gran aficionado, popular en todo Madrid, Paco Avial.

Paco y José eran entrañables amigos, pero Avial se metía mucho con el gran torero; le gastaba bromas y pullas. Lamentábase José de que habiendo tan buenos banderilleros no se superasen éstos al ejecutar la suerte, buscando más y más dificultades.

—No vi banderillar a Fuentes ni a Guerra, pero estoy seguro de que ninguno puso dos pares al quiebro por el mismo lado...

—Ni tú tampoco—dijo Avial.

—¿Que no? Vaya, señores, un almuerzo para stoos, y va a ser en Madrid en donde yo los ponga, para que me veáis vosotros.

—Al domingo siguiente, en la célebre corrida de Palha, cristalización de una competencia con Ricardo Bombita, de la que en otra ocasión hablaremos, y en la que tanto éxito tuvieron los dos hermanos y Machaquito, no pasó nada respecto a la apuesta. Esta seguía en pie. Y llegó el 5 de junio; toros de Saltillo; cartel: Rafael, Manolo Bomba III y José. Su primer toro, Jimenito de nombre, era bravo, y algo vería en él el llorado José cuando apenas le toreó de capa, terminando la suerte con un chicotazo para dejar al bicho en suerte. En quites sólo le toreó por delante, y al tocar para el segundo tercio, cogió los palos y con un ligero ademán se los brindó a Paco Avial, que ocupaba una barrera del 1.

Entre los tendidos 1 y 2 cortó y por el lado derecho quebró un maravilloso par; otra cita, y segundo par por el mismo lado; un tercero inverosímil, y por último, previo permiso, cita en corto; el toro no acude; cogo la gorrilla de un monosabio, y arrojándosela para provo-



car la arrancada de la res, clava muy, muy en corto... ¡El cuarto par cambiado por el mismo lado! Y después una de las mejores faenas... y la primera oreja ganada por Joselito en Madrid.

—La apuesta estaba ganada. Paco Avial aumentó su admiración por el gran amigo... y ya ve usted, amigo Zuloaga, que sabemos mucho... porque somos viejos...

Y como de este modo me contaron la célebre apuesta, que así lo fué por las buenas consecuencias artísticas que para el toreo tuvo, dejo para otra ocasión el hablar de las dos célebres competencias que hubo de reñir el gran torero de Gelves. Una sobre la casi tradición; otra sobre la revolución taurómaca...—DON NEMESIO





ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

¡SEIS TOROS PARA SEIS TOREROS...!

SEIS toros de seis años, con la testuz rizada y el pelo reluciente. ¡Seis toros!, está pidiendo a gritos este cartel que, con motivo de la inauguración de la Plaza de las Ventas, se reunió en el palco presidencial de ésta para dirigir la lidia.

El Guerra, Fuentes, Bombita, Guerrerito, Machaquito y Vicente Pastor. Seis toreros. Seis cumbres de la torería de todos los tiempos, y como quien dice, casi toda la historia taurómaca en dos metros cuadrados.

No sabemos cómo fueron aquella tarde los "bichos"; pero aunque no doblasen aún las patas, antes de ir a los caballos, sí podemos asegurar que ninguno tendría sobre los lomos las arrobas del más pequeño de los que estoqueara cualquiera de estas seis figuras, ni las velas ni el poder. Por eso, esta sonrisa que ofrecen estos seis gigantes sin medida de nuestra tontería al lente fotográfico, muchas veces, en el transcurso de la corrida, les reíría por dentro. Porque el fotógrafo, quizá sin saberlo, nos regaló un primer plano de vergüenza torera. Y es muy fácil que en la salida de toriles del primer "burel", un codazo significativo,

que no necesitaba aclaración ni guiño, se corriera, en un ¡siga la bola!, por todo el palco de la presidencia. Naturalmente que no eran así vuestros toros. Y ello os debe alegrar, porque en la Historia también hay escalafón, y vosotros habéis entrado en ella como ¡matadores de toros!

Nos conmueve pensar en el viejo aficionado que asistiera a este festejo. Con los ojos húmedos—aquellos ojos que les vieron con traje de luces—miraría hacia el palco, y como en una película desfilaría por su imaginación la figura del Guerra, dominador de todas las suertes, majestad del redondel; los pares de banderillas—los incommensurables pares—de Antonio Fuentes; la soltura, el garbo y la afición del elegante Bombita; las estocadas—una para cada toro—de Machaquito y la hombría rectilínea de Vicente Pastor. ¡Las faenas de sus tiempos! ¡Y qué pena tener que verlos tan sólo sentados en ese palco, dirigiendo la lidia, con sus sonrisas por dentro y sus codazos por fuera! ¡Qué pena, porque un cartel de esa talla hubiera sido digno de verse! Pero si están hasta colocados: Rafael Guerra, Guerrita—"... después, yo; después, naide, y después de naide,

Fuentes"—; Antonio Fuentes, Bombita, Guerrerito, Machaquito y Vicente Pastor.

¡Que suene ya la música y vibre en el aire el tarará del clarín! Y que vengan esos seis grupos mozos de seis años, con la testuz rizada y sus cuarenta arrobas sobre los lomos relucientes. ¡Que vengan, que aquí hay sabiduría, valor, conocimiento y, sobre todo, vergüenza torera para no encogerse ante nada! ¡Que salgan los seis con unas velas como postes, y aunque "sepan latín", que los espadas—estos espadas—sabrán darle a cada cual lo que se merezca, sin que desmerezca en nada su labor! ¡Que corran los alguacillos, caracoleando su alegría por el ruedo, y lleven pronto la llave a los toriles, que en el callejón ya están prestos los matadores y se han terciado la capa, asegurado la montera, y en su casa, al ponerse la taleguilla, se han apretado bien los machos! Siéntese ya en su sitio, caballero, y enmudezca, que va a salir por aquella puerta casi toda la historia del toreo. Y merced a ellos, a su arte, a su gracia, a su sabiduría y, sobre todo, a su vergüenza torera, vamos a ver, por fin, ¡una corrida de toros!

PACO, el perro torero y su época

Era popular en el Madrid nocturno y pintoresco de fines de siglo, y murió en una becerrada del gremio de vinateros

Por M. Barberi Ardichona

Fue, precisamente Salvador Sánchez Frascuelo, el primer propietario del perro «Paco», cuya popular figura llenó toda una época pintoresca y castiza de la vida madrileña.

El gran torero tenía ciertos ribetes de negociante. Cuando se retiró a su finca de Torreledones, cansado ya de la profesión que le diera triunfos y fortuna, estableció un pequeño comercio en la estación del pueblo, que él mismo atendía. Los antiguos aficionados—partidarios o detractores de su toro—asomaban con curiosidad empujados los rastos por la ventanilla para verle despachar, muy serio, cansado y reseco, detrás del pequeño mostrador.

Y no era esto sólo. Frascuelo era el concesionario de la línea de diligencias entre Colmenar y Chinchón. Y en esa línea es donde prestaba su servicio el perro «Paco».

¿En qué consistía ese servicio? Es superfluo preguntarlo, sabiendo que la actividad bulliciosa del perro se desarrollaba en el ir y venir de los voluminosos coches a través de las polvorientas carreteras; el ayudar con sus ladridos al mayoral que animaba a las mulas y los arreaba para que anduviesen mejor; en vigilar atentamente a los viajeros para que ninguno escapase sin pagar y en pedir—como él sabía hacerlo—un almuerzo proporcionado a sus esfuerzos en cada parada del camino.

¿Cómo abandonó un día el perro «Paco» su vida trashumante para entrar en el más popular de los cafés madrileños de su época? ¿Quién lo sabe! El caso es que el perro «Paco» se vio repentinamente envuelto en aquel ambiente mundano de Fornos, asiento de calaveras y de artistas, que allí fue obsequiado con terrones de azúcar, tostadas, huesos de chuletas y otras frusterías, y que abandonando desde aquel punto el servicio de diligencias y a su amigo el mayoral Francisco Lázaro, que lo quería entrañablemente porque «Paco» era un perro que sabía hacer—querer—se entregó por entero a la vida fácil, alegre y nocturna que marcaban entonces la pauta entre las gentes del «tronío» de la Villa y Corte.

Era el momento en que la pasión taurina se subía a todas las cabezas como un vino dulce y caliente.

El perro «Paco» sabía vivir. Entre la «afición» se había hecho va con muchos amigos, y uno de ellos, el marqués de Bogaraya, le pagaba diariamente el sabroso consumo de un bistec con patatas. Ya no se contentaba el perro con huesos y terrones.

Agradecido y afable, el animal seguía los coches de sus protectores—recordando acaso los días de polvorientas caminatas entre Chinchón y Colmenar—calle de Alcalá arriba, entre el luminoso estruendo de coches, rippers, omnibus, coches y tartanas, que conducían una muchedumbre palpitante, ruidosa, febril, entusiasmada, hacia el gracioso anillo de la Plaza de Toros, meta final de aquella riada moviente y tormentosa. El perro «Paco» se quedó al principio en la puerta de la Plaza. Pero un día entró en el circo y buscó en él lugar adecuado para presenciar el espectáculo: El tendido 9 era su localidad preferida.

En el ambiente trepidante que se respiraba en Fornos, en medio de las discusiones acaloradas donde tirios y troyanos ensalzaban hasta las nubes o arrastraban por el barro las reputaciones taurinas de sus lidiadores preferidos, en el perro «Paco» se fue creando poco a poco un espíritu de emulación... ¿Por qué no habían de ser pará el también los aplausos, los «¡olé!» los éxitos con que se premiaba los «faenas» de los diestros, si el también sentía bullir en sus venas la sangre torera?

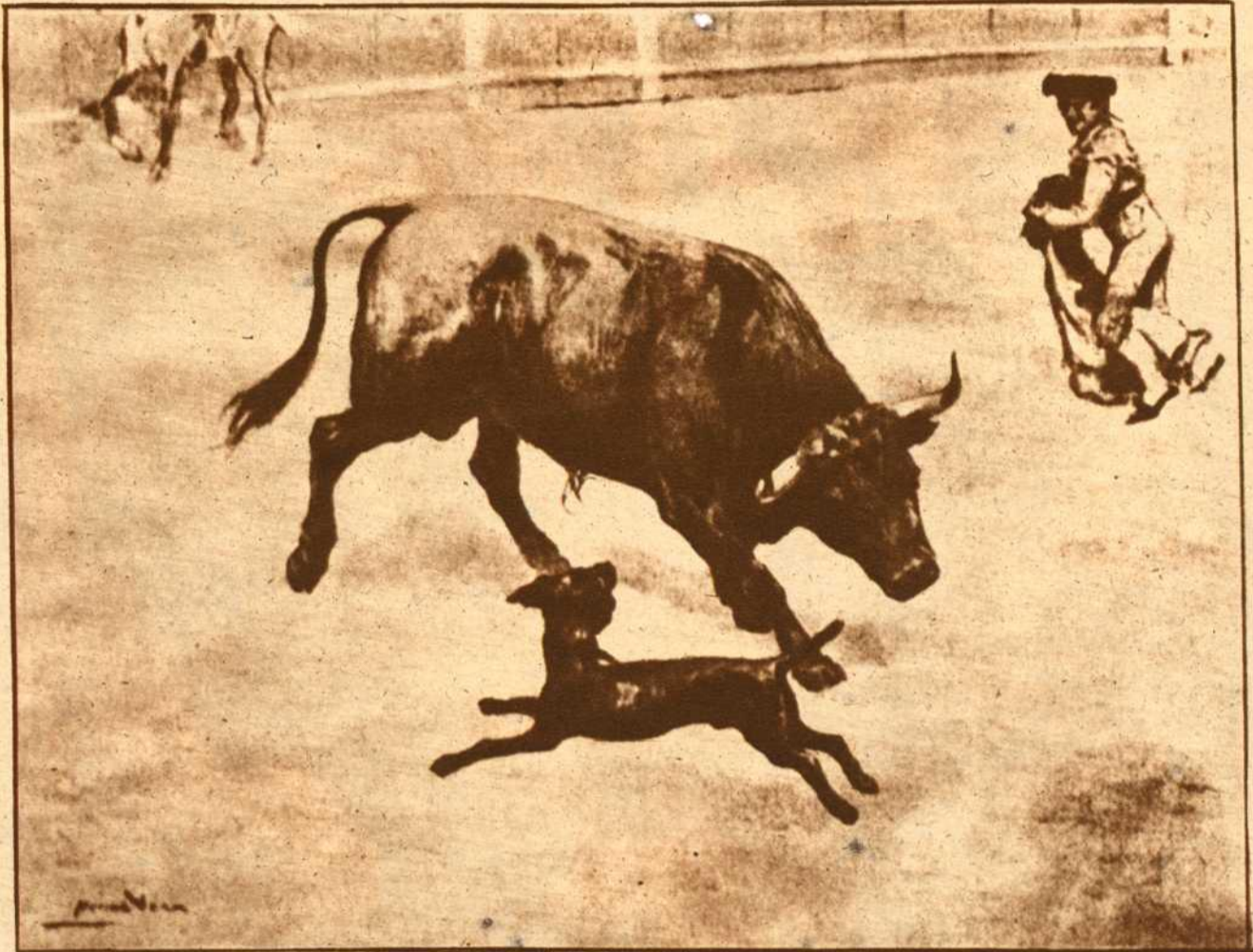
«Paco» no lo pensó mucho tiempo, porque era perro de resoluciones rápidas. Una tarde de domingo, soleado y alegre, cuando sonaba el pasodoble y giraba el clarín, se lanzó al ruedo, se fue al toro y realizó una faena llena de alegría, de valentía, de garbo, de pericia, que le valió una ovación frenética.

Aquella noche no fue uno fueron dos bistecs con patatas los que se comió. El otro se lo había pagado Felipe Ducacal...

A partir de aquel momento, «Paco» se dio cuenta de toda la importancia que le había hecho adquirir su rasgo de inspiración. Comprendió que debía comportarse como un verdadero «astro» de la tauromaquia y ajustar su vida al canon brillante y ligero de aquella sociedad que le rodeaba...

Empezó a asistir a los estrenos... ¿Cómo se enteraba de los acontecimientos teatrales el perro «Paco»? Eso, como tantas cosas del perro singular, ha permanecido en el misterio. Pero si se supo pronto que la comedia y el drama le aburrían y que, en cambio, le encantaban los picecitos del género chico y, sobre todo, la «cuarta» de Apolo. Allí se encontraba el perro con toda la bulliciosa sociedad madrileña, con los duqueses que asistían a «La revoltosa», con el mismo traje de gala con que habían salido del Real, con los pollos «goma», con los peripatéticos de grandes y escandalosos sombreros de plumas, y, naturalmente, con sus amigos los toreros y con los chicos del Veloz, que también le distinguían con su amistad, y a cuyos bicicletas solía ir a ladrar amablemente en las pistas del Buen Retiro, no muy temeroso, porque el perro «Paco» no le gustaba madrugar...

El perro «Paco» conoció a todas las celebridades de su época. El sintió cierto día la mano distraída y pálida de Isaac Peral acariciar su cabeza oscura, mientras don Felipe Ducacal, con su verbosidad desbordante, subido en los sillones y en las mesas del café, hacía la apología del olvidado, del desdiseñado submarino. Él vio los cortejos de la noche, que se celebraba con vitores frenéticos, y pudo apreciar también las negruras del vacío, de la ingratitude y del olvido... Presenció los primeros marchos de voluntarios, entre pasodobles morcantes que iban a sofocar los conatos de insurrección cubana... Por delante de los ojos redondos, como vidrieras de cristal, del perro «Paco» pasó íntegro el panorama de la vida nacional en aquellos años, últimos de una época cuyo espíritu iba a perderse para siempre en el mundo...



«El perro «Paco» se «encara» con un novillo en la Plaza de Madrid» (dibujo de Medina Vera)

Era despreocupado e improvisador, como su tiempo. Su nerviosa e inarrestable alegría le daban prestigio de mascota. Ducacal quiso llevárselo a su casa, achacándole el éxito de dos de sus negocios, que se habían tramitado y resuelto en presencia del perro «Paco». El animalito lo agradeció, sin duda; pero el veneno de la independencia se le había metido profundamente en la carne y en la sangre... Vivía en la casa del célebre empresario como un Nabab, pero ¡la calle!, sus correrías, sus estrenos, sus corridas, sus noches espléndidas, acurrucado en un portal coronado de estrellas, sin techo encima que limitase el vuelo de sus sueños...

Y, por fin... ¿Qué mal fario le llevó aquella mañana de primavera a la Plaza de Toros, y por qué el perro «Paco», que tenía, como todos los perros, la facultad de olfatear la muerte, no se mantuvo quieto en su asiento del tendido 9, en vez de saltar al ruedo y comenzar, con un mal becerrito, una de sus más lucidas faenas?

Es el caso que el perro «Paco» sintió bullirle en los sesos aquel sol portamado por las lilas del Retiro, aquel sol dorado y ligero, como un vino «pardillo» de los merenderos de los ahueros... Quiso saltar al ruedo, y nadie le impidió saltar. Al revés, se consideró una gentileza de buen gusto en el torero como el querer valorar aquel modesto espectáculo benéfico con su preciada actuación... Porque la corrida era, en efecto, una becerrada a beneficio del gremio de vinateros, entre el que el perro «Paco» tenía grandes amistades...

Nunca se sabe por detrás de qué puertas acecha la negrura de nuestro destino...

«Paco» se lanzó al encuentro del becerro, en el momento en que se preparaba a torrearlo de muleta Pepe, «el de Galápagos», que había de ser años más tarde edil de nuestro Ayuntamiento. Pepe, «el de Galápagos», tenía el carácter irascible y tenía, además, mucho miedo al becerro. Al ver a éste precipitarse sobre él, irritado por los ladridos y contorsiones del perro, se dejó arrebatado por un repentino impulso de cólera, y volviendo el estoque contra «Paco» se lo metió entre los costillas...

¡Gran sorpresa en los ojos dolcizados del perro! ¡Gran sorpresa en aquella mirada, un instante antes alegre, inflamada de su mañanera, llena de la confianza y de la facilidad sonriente de la vida...!

Un gran clamor de protesta se alzó de todos los ámbitos de la Plaza. El cabo de areneros de la Plaza Vieja, José Chinchilla, le retiró de la arena, tratando en vano de recomendar al animal, que se desangraba. La becerrada continuó lánguidamente entre los murmullos y comentarios del público, irritado y descontento... Aquellos murmullos, la voz de su Madrid, que se borraba poco a poco de sus orejas dobladas llegaba hasta el lugar en que el perro «Paco» agonizaba... Alguien vino a traerle un terrón de azúcar, y alguien lloró al verle morir.

Toda la ciudad se conmovió a la noticia.

Chinchilla, que conocía a «Paco» desde sus primeras actuaciones en el caso y que le había cobrado gran afecto, hizo disecar su cabeza, que lució durante muchos años en una popular taberna de la calle de Alcalá, próxima a la Plaza.

Después de varios traslados y vicisitudes, encontró aquella cabeza, antes tan popular y ya polvorienta y medio apollada, un viejo aficionado, don Rafael Sanjaume, y la trasladó a su casa. Aquella cabeza era la clave de toda una época, para siempre perdida; la más representativa, la más simpática y atractiva de la vida madrileña de fines del XIX.

LA SUPERSTICION EN LOS TOREROS

Por JOSE CARLOS DE LUNA

Por tradición, o al menos por obligado pintoresquismo, el torero debe ser supersticioso. Son innumerables las anécdotas que así lo atestiguan, y creemos que el que no sienta en sus adentros repeluzno ante la trascendental quisicosa ni vértigo por el mal de ojo, no es un torero cuajado y en condiciones de doctorarse, por mucho que de su sabiduría dijeran los papeles, ni por muchas orejas y rabos que se pudran en el recuerdo de tardes triunfales aireadas de pañuelos y tableteantes de ovaciones sistemáticas. Nuestra amistad con tantos diestros que fueron, son o serán ídolos de las multitudes —aunque ahora tengan que compartir el ara con futbolistas, ciclistas, nadadores, esquiadores y demás ases, reyes y caballos popularizados por el atletismo espectacular—; nuestra amistad, decimos, nos suministró datos suficientes para la afirmación rotunda que tremolamos como axioma de la presente croniquilla.

Yo cuidé mucho las supersticiones ajenas para no tropezar en antipatías ni enredarme en la palabra *gafe*. Confieso que no me costó trabajo y que hasta quizá enriquecí el catálogo de las pequeñas manías con particularidades de mis personalísimas observaciones o allegadas por la larga experiencia de rodar mucho.

Las supersticiones en general, y las privativas de la tauromaquia, son sobradamente conocidas para que intentemos un índice, cuya pedantesca jactancia emularía la del padre de «Juanito» enumerando los reyes visigodos o las guerras púnicas.

Nuestro trabajo, de más envergadura, lo dedicamos a enriquecer la larga colección de discretísimas supersticiones que deben tomarse a pechos por todo el que se tenga por castizo, y nadie tan obligado como el torero, que también lo está a sacar la mandíbula inferior en los lances comprometidos, y a caminar hacia el toro emplazado, con los rehiletos o con los trastos, de manera topina y estevada, trenzando lentamente la andadura, porque así acomoda a todas las faenas a domicilio y a las que se sueñan en el cuarto de la fonda.

Pues bien, y de verdad que me cuesta trabajo decirme: la palabra *zapatero* es catastrófica. No siéndolo *zapato*; y sólo a medias y

para temperamentos suprasensibles, *zapatería*; pero *¡za-pa-te-ro!*...

Sería refinada mi crueldad callándome el antídoto de la nueva *esaborición* con que os inquieto, y que se reduce a echar un nudo en cualquier pedacillo de cinta o cuerda que se tenga a mano, metiéndolo seguidamente en un zapato puesto o quitado. Conviene mucho musitar: «Zapa... cosa, tarajote, vete al infierno con leña y cerote.»

En cambio, y para tranquilizaros de manera definitiva en algo que reviste máxima importancia, os aseguro la inocuidad de llamarse amigo y aun de alternar en camaradería con un industrial de pompas fúnebres. Prueba al canto.

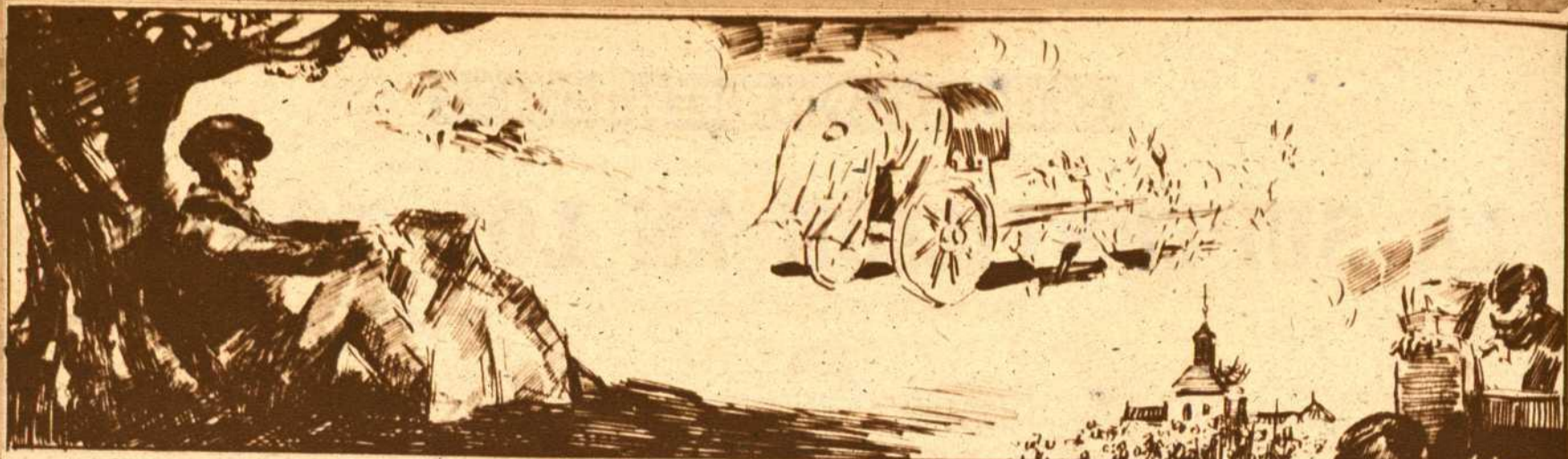
En el café que se llamó «La Vieja Iberia», sito en el número 28 de la carrera de San Jerónimo, por el año 40 del pasado siglo, se constituía en uno de sus gabinetes reservados la tertulia que, presidida por don Pedro Colón, duque de Veragua, formaba una especie de areópago taurino, y a la que concurrían los afamados diestros Montes, El Chiclanero, Cayetano Sanz, y menos asiduamente, Cúchares y Juan León. Pereune e inevitable contertulio lo era también don Joaquín Marraci, «protector de cofradías, bastonero en procesiones, azote de las calles, puntal de las esquinas, gacetilla de todo grupo» y —¡agárrate!— contratista universal de entierros, mereciendo por esta incongruente actividad la semblanza de Manuel del Palacio que así reza:

*Vive ayudando a morir
a los que luchan inciertos
viendo la muerte venir,
y éstos le pagan, ya muertos,
ayudándole a vivir.*

Más soportable sería para los afamados espadas la convivencia con Marraci que la protocolaria amistad con Chironi, el inteligente aficionado que desde el tendido número 8 de la Plaza vieja fallaba las faenas de los lidiadores a golpes de cencerro, tocando uno, dos o tres si era regular, mala o peor y desatándose en repique cuando la juzgaba detestable.

¿Marraci? ¿Chironi? De seguro que el antídoto de ambas *gafaduras* lo encontraron en la farmacopea italiana, donde no faltarán recetas para las indigestiones de *ravioli* y *stofatti*.





La muerte del torerillo

Por RAFAEL DE CORDOBA

Era un torero humilde:
 no supo de la gloria
 ni se meció en los brazos
 dorados de la Fama.
 Caminos plateados
 al livor de la luna
 conocieron las huellas
 de sus tristes pisadas,
 y olivos cenicientos
 le brindaron su sombra
 cuando el sol extendía
 su melena de llamas.
 Los molinos del río
 arullaron sus sueños
 sobre un lecho formado
 por la hierba esmeralda,
 y campanas de bronce
 despertaron sus ojos
 bajo estrellas prendidas
 de las luces del alba.
 El favor generoso
 del hermano arriero
 libró sus pies desnudos
 de las heridas bárbaras,
 y queso y pan de trigo
 —con amor amasado—
 mitigaron sus hambres
 en las viejas posadas.
 Soñaba con la gloria.
 Al vencer a la muerte
 en los rústicos ruedos
 que los carros formaban,
 entornaba los ojos
 y una lágrima humilde
 resbalaba, dichosa,
 por sus mejillas pálidas.
 Y al recoger del suelo
 algún sombrero ancho,
 y el clavelón lanzado
 por una mano blanca,
 no sentía los jirones
 abiertos en su carne,

y se creía un ídolo
 vestido de oro y grana.
 Soñaba con la gloria:
 soñaba con el día
 en que sería aclamado
 en las mejores Plazas,
 y su nombre, surcando
 la rosa de los vientos,
 le abriría, para siempre,
 las puertas de la Fama.

.....
 Y una tarde cualquiera...
 Había fiesta en la aldea,
 y los carros formaban
 con sus llantas ferradas,
 una Plaza sencilla
 —como las pobres vidas
 pegadas al terruño
 que en lo alto gritaban—.
 Salió un toro berrendo;
 un zagalón del pueblo
 aguantó la embestida
 de la fiera irritada,
 y el torero sencillo
 lo libró de la muerte,
 prendiendo, entre los cuernos,
 su llameante capa.
 Y sonaron las palmas
 para el mozo del pueblo
 —¡oh, la eterna injusticia,
 sin piedad, de las masas—;
 el vino chorreaba
 por las fauces reseca,
 y una ráfaga negra
 cruzaba por la Plaza.
 Había que hacer lo mismo:
 desafiar la muerte,
 sin la tela bermeja
 de la raída capa,
 y jugarse la vida
 —¡ como había hecho el
 [otro—,

el pecho descubierto
 a la embestida bárbara.
 Había que hacer lo mismo:
 lo pedían los gritos,
 los silbidos agudos
 y aquellas carcajadas,
 que eran reto lanzado
 al torerillo humilde,
 que erguía su figura
 en mitad de la Plaza.

.....
 Fué feroz la embestida:
 la cabeza del toro
 levantó, entre sus cuernos,
 al torerillo paria,
 que se dobló en el aire
 atravesado el pecho
 por el cuchillo agudo
 del duro cuerno de ámbar...
 Allí, sobre la arena,
 quedó el pobre torero,
 con su sonrisa triste
 y sus mejillas pálidas,
 y una herida terrible
 desgarrándole el pecho,
 como un clavel bermejo
 en bastidor de nácar.

.....
 ¡Pobres sueños de gloria
 en las tardes de seda,
 ante el clamor del triunfo
 en la arena dorada!
 Ideales azules
 de amor y de fortuna,
 tronchados como una
 mariposa sin alas.
 ¡Oh, los pobres toreros
 que mueren ignorados!
 ¡Oh, la eterna injusticia
 sin piedad, de las masas!





LOS VIEJOS DEL RUEDO

ARTURO ESCUDERO

—padre de MANOLO—lleva muchos años al servicio de la Plaza

De muchacho toreó en las capeas de los pueblos, y a falta de capote usaba una estera

ARTURO Escudero—Escuderito en sus lejanos tiempos de becerrista—nació allá por el año de 1888. Actualmente es recibidor de andanada de la Plaza madrileña, y se enorgullece de ser el progenitor de un buen torero de las promociones jóvenes: Manolo Escudero. Nuestro amigo Arturo es barnizador de oficio; pero ha venido a parar en esto porque fracasó como torero, cuya profesión accidentada y pintoresca intentó emprender muy joven, cuando apenas contaba catorce años. La vida de Arturo tiene matices interesantes desde este punto de vista, aunque él rehuye hablar de sí mismo para hablar siempre de su hijo. Ya que él no ha podido ser torero, se consuela con que lo sea su hijo Manolo, al que asegura haberle él metido la afición en el cuerpo.

Y esto le tiene encantado y satisfecho de la vida, porque aunque nada da a entender sobre el particular, se comprende que, siéndolo su hijo, él se considera un poco torero también.

—Ya ve usted—me dice—: cuando mi Manolo tenía siete años—hace de esto veintidós—, se despertó en él la afición que, a no dudar, había

heredado de mí. Estábamos en la pradera de San Isidro merendando, y el niño, de pronto, sin sugerencia de ninguna clase, se levantó y empezó a dar unos pases formidables con una servilleta. No sólo me entusiasmó a mí, sino a todos los que presenciaron la «faena» del chaval.

—¿Usted había toreado mucho?

—Lo había intentado muchas veces, sí; pero sin ningún resultado práctico.

—¿Cómo nació en usted la afición?

—No sé; acaso de ver a otros chavales ir de capeas y estar hablando siempre de toros. Yo me animé con el ejemplo de aquellos muchachos, y al fin me decidí a torrear. ¡Sabe usted cómo? Pues en Carabanchel, con embolados y con una estera vieja a falta de capote. Tenía entonces estoreo años, y ya se comprende que ni cinco céntimos para comprar la percañna que hubiera necesitado para sustituir a la estera...

—¿No tuvo usted éxito?

—No, señor; pero, en cambio, tenía una «jandama» espantosa, de la que hubiera podido derrochar toneladas. ¡Ah! Si hubiera sido el valor como el miedo... Nadie se hubiera atrevido a competir conmigo.

—¿Desistió usted en vista de eso?

—Ni mucho menos. Ya ve usted, si no, que en cierta ocasión que tomé parte en una becerrada mixta—dos becerras y cuatro novillos—a beneficio de los empleados de oficina de la Estación del Norte, desesperado porque no me atreví ni a poner las banderillas—me dió un calambre en el brazo derecho del miedo irrefrenable—, en el paroxismo del coraje... y de la vergüenza, empujé mis trajes y me fui de casa, yendo a hacer pies a la provincia de Cáceres. Tengo bien grabada aquella fecha, porque además de que eran veinte años los que tenía—fecha en la vida del hombre que no se olvida nunca—, era un día de Santiago y se celebraba en Madrid el Congreso Eucarístico.

—¿Qué hacía usted por ahí?

—El tonto, viviendo a salto de mata y empeñado en ser torero. La vida del maletilla fué para mí asignatura aprendida con todas sus consecuencias, quiero decir, con todas las fatigas y contrariedades que en ella se pasan. Pero, en fin, llegó un momento en que sentí la cabeza, desengañado, y...

—¿Qué hizo usted?

—Volver arrepentido y dedicarme a trabajar; pero sin perder nunca aquella loca afición por los toros, que, de haber tenido valor, me hubiera hecho grande. Ya casado y con chicos, seguí siendo tanta mi locura, que jamás renuncié a las cosas de toros. Construí un carretón—ya sabe usted que en el argot taurino se llama carretón a un artefacto de madera con unos «cuernos de verdad» que hace las veces de toro—, y me iba con los chicos a Vista Alegre. Allí, en el ruedo de aquella Plaza, entrenaba a mi Manolo cuando terminaban las corridas. Mi afán constituía una obsesión constante: hacer a mi hijo torero, ya que yo no había podido serlo.

—¿Y el chico, claro está, no salió en eso a su padre?

—No, señor. Manolo fué desde chaval un valiente. Tengo la satisfacción de haber sido yo el que le metió la afición en el cuerpo. Sin esta circunstancia, es posible que mi hijo no fuera ahora torero.

—¿Cómo hizo su aprendizaje Manolo?

—De manera bien distinta que yo, pues para que él practicara abrí una escuela de tauromaquia en un solar de la calle de Embajadores, en el 113, junto a los Bebederos, pagando de alquiler diez pesetas al mes.

—¿Tuvo usted clientela?

—Mucha. Allí iban en sus horas libres tenderos, panaderos, estanqueros y de algunos otros oficios y profesiones, pagando una peseta por lección.

—¿Ganaba usted mucho con sus lecciones?

—Llegué a ganar algunos dorngos; hasta veinticinco pesetas, que en aquellos tiempos era casi una fortuna.

—¿Y adelantaba mucho Manolo?

—Se distinguía entre todos. Yo era el que empujaba el carretón, y no crea usted que me paraba en barras; iba a hacer pupa sin tener en cuenta de quién se trataba. Pues bien; Manolo, que tenía entonces dieciséis años, se «descaraba» con las banderillas en el carretón que era un encanto. Cómo sería, que, atraídos por la fama del niño, venían a la escuela fotógrafos, aficionados y numeroso público, que lo aplaudían y lo estimulaban constantemente.

—¿Quitó usted la escuela cuando Manolo debutó en serio como torero?

—Efectivamente; pero antes de eso corrí una serie de avatares extraordinarios, pues de Embajadores pasé a establecer la escuela en el barrio denominado la China. Luego me pasé al barrio de Usera, donde monté la escuela en una taberna, en pleno campo. Y más tarde aun la hice funcionar en otro local del paseo de las Acacias.

—¿A qué gran torero crea usted que se parece su hijo?

—Yo creo que mi Manolo tiene estilo propio; pero si se parece a alguien, ese alguien es Marcial Lalanda. En este criterio abundan muchos que lo conocen desde sus comienzos, y cuando el río suena...

—¿Tiene usted particular devoción por algún torero... aparte su hijo?

—En cuanto sean capaces de ponerse delante de un toro, todos tienen para mí un mérito extraordinario, desde los que matan un eral hasta los que despachan los de veintiocho o treinta arrobos.

—¿Le ha costado a usted sacrificios hacer torero a su hijo?

—No sé si puede llamarse sacrificios, pero lo que sí puedo decirle es que han sido muchos los días que abandoné mi trabajo por irme al campo con mi hijo y «storear» allí con él, animándole constantemente para que no decayera su entusiasmo. Hacíamos apuestas, que, naturalmente, unas veces las ganaba él y otras yo. Pero así, poco a poco, burla burlando, a fuerza de paciencia, mi hijo llegó a ser torero. ¡Le parece a usted que, aunque los hubiera por mi parte, no están ahora compensados todos los sacrificios?

—¿Recuerda usted cuál fué la primera emoción que le produjo su hijo como torero?

—Sí, señor. Fué en una becerrada que celebró el gremio de los sastres en Tetuán. Manolo fué de sobresaliente y yo le compré en el Rastro unas banderillas del tiempo de Frascuelo, de las cortas, adornadas de terciopelo rojo e hilillos de oro. ¡Y cómo las puso! Quedó como un valiente y ya se vió entonces la calidad—y la cantidad—de torero que mi hijo llevaba dentro.

—¿Y cómo matador, ¿recuerda usted su debut?

—No me perdonaría haberlo olvidado, pues además fué un día de la Virgen de la Paloma, en la Plaza de Vista Alegre. Fué tan resonante el éxito de Manolo, que él no pudo por menos de atribuírselo a la Paloma, de la cual es desde ese día el devoto más ferviente.

JUAN DE ALCARAZ

FESTIVAL TAURINO EN ALFAZ DEL PI

Vicente Barrera, Enrique Torres y El Choni



Vicente Barrera en un ceñido pase con la derecha



Enrique Torres en un muletazo por alto



El Choni en un pase de pecho (Fotos Taberner)



La señorita Yolanda Belmonte Cossío y don Dámaso Arango López, que contrajeron matrimonio, el miércoles pasado, en la iglesia de los Jerónimos. (Foto Palomo.)

LA BODA DE LA HIJA DE JUAN BELMONTE
YOLANDA contrajo matrimonio con don **DAMASO ARANGO**,
 el miércoles, en la **IGLESIA DE LOS JERONIMOS**



La hermana de la novia hablando con don José María Cossío



Blanquita Belmonte, en la boda

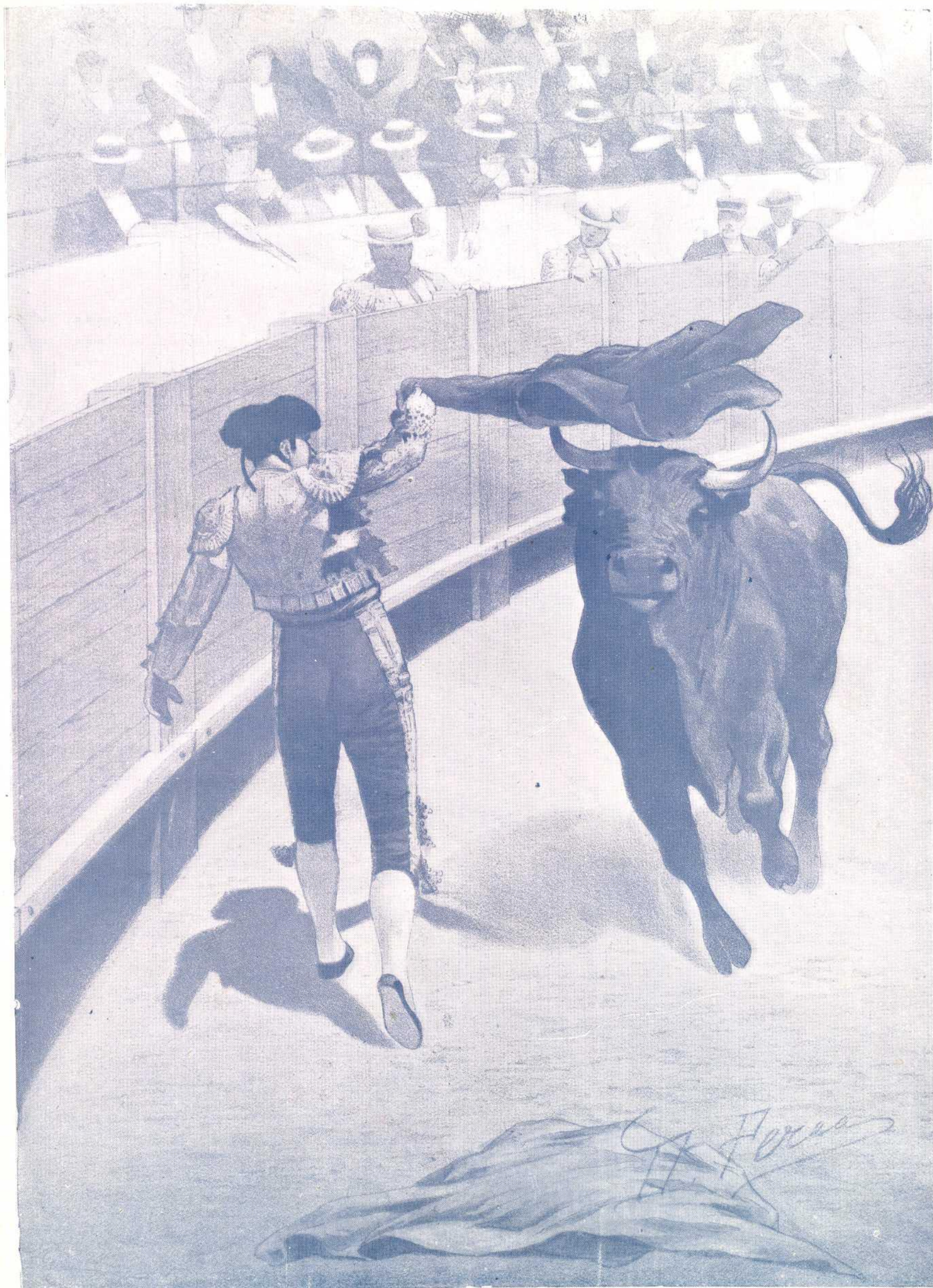


Juan Belmonte, padrino de la boda.—Abajo: Con Perico Chicote



Belmonte con José María Cossío.—Abajo: Con Gracia de Triana y Pepe Palma





Guerrita, chaqueteando

(Dibujo de Perea.)



Toreros célebres: Vicente Pastor